

Mayte Esteban

DESEOS DE MEDIANOCHE

Mayte Esteban

Diciembre, 2023
Deseos de medianoche
© Mayte Esteban
Diseño Gráfico: Mayte Esteban

Blog: El espejo de la entrada
Facebook: Mayte Esteban
Twitter: @MayteEstebn
Instagram: @MayteEstebn
Email: mayte-esteban@hotmail.com

Pide un deseo… ¿lo tienes?

ÍNDICE DE CONTENIDO

A veces, lo que más deseas nunca se cumple.
Y a veces, lo que menos esperas que suceda, ocurre.
De la película: Amor y otras drogas.

PRÓLOGO

¿Qué palabras asociamos con la Nochevieja?

Campanadas, uvas, familia, reunión, fiesta … y DESEOS.

En efecto, esta noche nos inundan deseos irresistibles de celebrar la despedida del año antiguo y abrazar al nuevo.

En este perpetuo juego de salir y entrar, el que pierde es el año saliente.

Y esto es así, porque tenemos la mala (o buena) costumbre de hacer la valoración de los pasados 365 días —o 366, si es bisiesto— y a no ser que seas una persona extremadamente positiva (todos tenemos una amigo/a que lo es), triunfarán los malos recuerdos sobre los buenos, que de seguro que también los ha habido. Quién no ha tenido un problema de salud, una pérdida, un conflicto, un desamor… Esas malas vivencias nos impregnan tanto que las buenas pasan a un segundo, tercer o cuarto plano (depende del ánimo que tengamos).

Sin embargo, el año entrante está inmaculado, aún no ha sido escrito y se presenta lleno de posibilidades que nosotros anticipamos como buenas. Es el momento de la renovación, de los planes, de las metas, de apuntarse al gimnasio y comenzar el plan de adelgazamiento. O de dejar de fumar de una vez por todas.

Hay personas que no lo celebran, aunque la mayoría estamos sujetos a nuestras tradiciones y el día de Nochevieja nos reunimos con familia y amigos para cenar y charlar, alzamos nuestras copas y comemos uvas a la vez que el reloj da las campanadas de la medianoche. Uvas, sí, en concreto 12, una por cada repique, una por cada mes del año y por cada una, un deseo.

Millones son lanzados al espacio sideral en espera de que la diosa Fortuna nos favorezca, al menos con salud, con trabajo y por supuesto con amor. Los tres grandes deseos universales que proceden de nuestro inconsciente colectivo, que diría Jung, ese que nos marca como especie en nuestro afán por sobrevivir, por perdurar siglo tras siglo.

Pero también se expresan muchos deseos privados, impulsos

poderosos que motivan, se engarzan con la vida de la persona y la historia irrepetible que tienen que cumplir, y tienen que ver con sus anhelos y esperanzas. Estos son los genuinos, los auténticos, los que de verdad cuentan. Y de esos, trata esta historia. De los deseos que cada personaje de esta trama (y son muchos) expresa a través de su comportamiento, sus palabras, sus quejas, sus gestos, sus pensamientos, sus risas o sus suspiros. De esos que, cuando la lectura avanza, deseamos con ellos que se cumplan.

María José Moreno
Escritora y psiquiatra.

DOCE HORAS ANTES DE LAS CAMPANADAS

El reloj de la Puerta del Sol da los cuartos y, entre el alboroto, empiezan a sonar las campanadas que anuncian, esta vez, las doce del mediodía. Es el tercer ensayo general para que nada falle en la madrugada, cuando todo un país esté pendiente del vetusto reloj. Varias cadenas de televisión retransmitirán el evento y también ensayan. Todo tiene que estar listo para que millones de espectadores, algunos repartidos por el mundo, enmudezcan frente a sus televisores, mientras se llevan a la boca una uva por campanada en perfecta sincronía.

De ello, según la tradición, dependerá la suerte de todo un año.

Desde la pandemia de COVID, el aforo se ha visto reducido en la plaza, de las veinte mil personas que se reunían antes hasta las poco más de siete mil que pueden entrar hoy. Incluso, en este ensayo hay un amplio despliegue policial y un exhaustivo control de accesos que desespera a Ada. Su zapatería está en la calle de Valverde, al otro lado de la Gran Vía, y para llegar a ella desde la calle Carretas, el camino más corto es atravesar la plaza.

Tenía que haberse acordado del ensayo.

Saca el móvil, mientras rodea por una ruta alternativa, y telefonea a Pablo. Al segundo tono, la llamada se corta. Vuelve a intentarlo, mientras el reloj centenario marca el ecuador de las campanadas del ensayo, y obtiene el mismo resultado. Enfadada, resopla. Ese chico a veces es exasperante. La tercera vez, le descuelga el teléfono.

—¿Se puede saber qué estabas haciendo? — le pregunta, bastante molesta.

—Ada, cariño, saluda a nuestros seguidores de TikTok, ¡estamos en directo!

Ada contiene el bufido que le tiene reservado y saluda, intentando que no se le note el cabreo que lleva en el cuerpo y que está a punto de rebosar. En esos momentos es como una botella de cava a la que se ha agitado. La presión hará que el tapón y el líquido

salgan despedidos en cualquier dirección y no calcula cuáles podrán ser los daños.

—Amores, era Ada, nuestra «Hada de los zapatos», quien llamaba mientras os mostraba los doce modelos de zapatos superdivinos que he seleccionado para cada campanada. Espero que despidáis el año con zapatos que os hagan sentir unas reinas sobre ellos y que no os destrocen los pies —se ríe de su propio chiste—. Yo ya os veo el día dos porque esta noche ¡es para disfrutar! —dice con un gritito sobreactuado que a sus seguidores parece gustar—. Chao, chao, chao...

Ada, desde su teléfono, le oye también lanzar un beso. Enseguida, Pablo regresa a la conversación.

—Ada, ¡no me puedes volver a hacer esto, me has estropeado el directo! ¡Dos veces he tenido que colgarte! —le dice—. Menos mal que soy profesional y casi no se ha notado. Pero se me ha olvidado hacer promoción del evento.

—Pablo, ¡para ya! —le dice Ada, muy seria—. Tu jefa soy yo y me preguntaba por qué me ha llamado un cliente mientras estaba haciendo unos recados, diciéndome que la zapatería está cerrada, aunque te está viendo dentro.

—Pero ¡cómo pretendes que la tuviera abierta si estoy solo! No puedo estar atendiendo las redes y a los compradores a la vez, te lo he dicho muchas veces.

Ada intenta serenarse, este chico es desesperante. Si no fuera porque también tiene imán para atraer gente a la tienda, lo habría despedido sin despeinarse. Sabe que, con el poco amor que despierta el trabajo en él, debería de haberlo hecho, pero también tiene claro que los tiempos están cambiando y ella no es capaz de seguirles el paso.

A pesar de que lleve los mejores zapatos de Madrid.

—Haz el favor de abrir, que ya voy.

—¿Cuánto vas a tardar?

—¡Y yo qué sé, lo que tarde!

¿Encima le tiene que dar explicaciones? ¡Eso es inaudito! ¡Él es su empleado!

—Es que tengo que salir a la hora que te dije, hoy es inexcusable.

Ada aprieta el paso y cuelga el teléfono sin darle una respuesta, lo que más desea es que Pablo deje de sacarla de quicio.

Lo que acabará siendo inexcusable, si sigue así, es que lo despida.

UNA

Once horas para la medianoche

El resoplido de Carmen, al ver el fregadero hasta arriba, denota más su cansancio que su hartazgo. Con el tiempo, ha ido perdiendo la agilidad, que lograba que, cuando terminaba de cocinar, todo estuviera perfectamente recogido. Hoy, con una pila de años encima más alta que la torre que acaba de montar en su fregadero, es incapaz de moverse con esa presteza, y su cocina es un desastre.

¡Con la necesidad que tiene de sentarse!

Mientras empieza a meter la loza en el lavavajillas, hace un recuento de las articulaciones que le duelen en ese momento: las rodillas, los hombros, el cuello, la muñeca derecha… Cuando llega a la cuarta, sacude de su cabeza la lista en la que la artrosis ha ido tachando casillas en los últimos tiempos y se enfada consigo misma.

Por recordarlo, no se le va a pasar.

No tenía que haber ido a esas clases de yoga cuando tenía sesenta, esas que le enseñaron a «ser consciente de su cuerpo». Ahora lo es de cada minúsculo átomo que deja de funcionar.

Se agacha para meter una fuente y nota un tirón en la espalda que reconoce como el primer aviso de una contractura a punto de atorarse del todo, y eso no se lo puede permitir. Ni esta tarde ni mañana habrá fisioterapeutas abiertos.

—Que le den a recoger —dice para sí.

Agarra un plato del armario, recordándose por enésima vez que tiene que cambiarlos de sitio, que ya no llega, y sin esperar a nadie, se sirve las albóndigas que acaba de preparar.

Por inercia, coge el mando del televisor que preside su cocina, pero se lo piensa y vuelve a dejarlo en la encimera. De eso nada, hoy es un día especial y no piensa arruinarlo escuchando que en cualquier rincón del mundo ha sucedido otra desgracia. Es Nochevieja, pero, sobre todo, es su cumpleaños.

Ochenta.

—Madre mía, ochenta años, ¡qué vieja soy! —murmura entre

dientes.

Parte despacito las albóndigas, mientras recuerda otros treinta y uno de diciembre, otros días como ese. Para la niña Carmen, era como una especie de premio haber venido al mundo muy cerca de la medianoche. Su madre le había contado que nació en casa. Toda la familia estaba dispuesta a esperarla para comerse las uvas, pero no hizo falta porque Carmen asomó la naricilla a las once y media.

Justo a tiempo de no aguar la fiesta.

Para ella, la Nochevieja es una enorme celebración, más que la Nochebuena y, desde que descubrió el secreto, muchísimo más que la noche de Reyes. De las del pueblo apenas se acuerda, era muy pequeña cuando la familia tuvo que emigrar a Madrid. Si acaso, de manera vaga, recuerda que la retransmisión de las campanadas la escuchaban en Radio Nacional de España. Después, la Carmen joven disfrutaba de su cumpleaños visitando una de las confiterías que ese día abrían hasta tarde en la capital, donde su padre dejaba que eligiera el postre para la cena, al que añadirían las velas que correspondieran cada año.

En el 62, cuando se casó, fue la primera vez que vio las campanadas en el televisor de unos vecinos. ¡Menuda fiesta se montó, parecía que en aquel salón había más gente que en la Puerta del Sol!

Todas esas Nocheviejas eran el preludio a un año sin estrenar que llegaría cargado de posibilidades.

Los hubo muy buenos, como aquel en el que nació Lourditas, su hija, o aquel otro en el que su Rafael se colocó tan bien en la fábrica y multiplicó su sueldo por dos, lo que les permitió aflojarse el cinturón.

Los años regulares trajeron consigo algunos contratiempos de salud, de los que era mejor olvidarse, que le hicieron perder la esperanza de tener más hijos, pero también llegó el 78 y, con él, no solo un país que entraba en un tiempo nuevo más amable, sino ese hijo inesperado que le llenó de alegría el corazón.

De los últimos doce, prefiere no echar cuentas.

Le salen en negativo y Nochevieja, para Carmen, siempre ha sido una suma. Y está dispuesta a desear que lo sea hasta el final de sus días.

DOS

Diez horas para la medianoche

Carlos se ha excusado de comer en casa, alegando que ha quedado con sus amigos para tomar el último aperitivo de este año. En realidad, ha sido una triste cerveza en la terraza de un edificio de la calle del Carmen, mientras sonaba el ensayo de las campanadas del reloj de la Puerta del Sol, el que desde 1866 marca imperturbable el principio de cada año. Sus amigos han preferido no meterse entre el gentío que, dos horas antes, celebraba unas campanadas diurnas, cuyo objetivo es que todo salga perfecto por la noche. Por eso se han ido a la terraza y, en cuanto han acabado la cerveza, han salido corriendo de nuevo a casa. Carlos se ha quedado paseando solo por el centro, perdiendo el tiempo entre los madrileños y los turistas que abarrotan a esas horas la calle Preciados. Aunque el reloj acaba de marcar las dos de la tarde y sea domingo, mañana será Año Nuevo y todo estará cerrado.

Él ha decidido que se va a dar hasta el día 2 para fingir ante todo el mundo que todo va bien.

Bajo el alero del edificio de Fnac, su móvil empieza a sonar.

—¿Diga?

—Papá, soy Hugo.

Carlos suelta un suspiro. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba conteniendo el aliento hasta que el aire ha abandonado sus pulmones. Debe dejar de alertarse cuando ve en la pantalla que es el teléfono de Mar.

—Hola, hijo. ¿Sucede algo?

—No, papá, es que mamá dice que, si quieres, puedes venir un rato a buscarnos.

—Ah, vale, me parece bien. ¿A qué hora puedo ir?

Hay un momentáneo silencio en la línea, que provoca que Carlos se separe el móvil de la cara y lo mire por si ha perdido la conexión.

—¿Carlos?

La que le obliga a volver a apoyar la mejilla en la suave

superficie del teléfono es la voz de Mar. Ella, que es capaz de adoptar todos los estados de ánimo que caben en su nombre, hoy suena como un atardecer delicioso de verano en una playa del Mediterráneo. Las dos sílabas al llamarlo le han llegado como una brisa leve y acariciadora, provocando un vaivén de emociones que le ha empujado a cerrar los ojos y recordar otros veranos que no se parecen al último, donde solo hubo tormenta.

—Hola, Mar.

—Oye, he pensado que igual quieres pasar un rato esta tarde con ellos.

Se refiere a Hugo y a Lucas, sus dos hijos de nueve y siete años. Carlos compone una mueca de comprensión mientras se muerde el labio inferior y niega. Se siente idiota; cuando Hugo ha dicho «buscarnos», su mente la ha incluido a ella.

—La verdad es que no paran de dar guerra, tengo muchísimas cosas que preparar para la cena en casa de mis padres y bastante tengo con lidiar con mis cuñadas como para estar detrás de ellos. Me vendrías muy bien —le dice Mar, con un tono cómplice.

Suena exactamente igual que cuando lo eran de verdad.

—Lo mejor de este año va a ser no tener cuñados a los que soportar —responde Carlos, con la confianza que le da escucharla tan contenta.

A Mar, aunque no quiera, se le escapa una risita. Está de acuerdo con él. Ojalá pudiera ella chasquear los dedos y hacer que desaparecieran sus cuñadas.

—Bueno, entonces, ¿te llevas un rato a los niños? Además, supongo que querrás llevarlos...

—Sí, estaba a punto de llamarte para pedírtelo, pero me he entretenido. Ya sabes, siempre tengo mucho trabajo.

—Ya.

—Dame un par de horas y voy a por ellos.

—¡Gracias, Carlos! Y feliz año.

La felicitación ha sonado tímida, tan suave como si a ella le diera un poco de miedo meter la pata, ahora que parece que las cosas vuelven a fluir.

—Feliz año, Mar.

Carlos mira el reloj. Le queda mucho más tiempo del que necesita para llegar a casa de los padres de Mar a recoger a sus hijos. Camina despacio y, al cabo de unos metros, se detiene frente a unos músicos callejeros. Han elegido para su repertorio de ese último día del año una canción de Imagine Dragons, *Beliver*. No es un tema muy navideño, pero la poderosa percusión del principio le ha pegado al suelo y allí se queda, dejando que el ritmo de la canción lo invada. Le gusta y estos chicos no lo hacen nada mal.

Busca en la cartera cinco euros y los deposita en la funda de la guitarra en cuanto terminan.

«Feliz año».

«Feliz año».

TRES

Nueve horas para la medianoche

La pequeña zapatería familiar que regenta Ada desde hace quince años ha abierto este domingo 31 de diciembre hasta mediodía. Está en pleno centro, en una zona muy turística, y nunca se permite cerrar los fines de semana, caigan como caigan, porque son los días de más ventas.

Pablo se ha ido a la una y media, pues tiene un evento de *influencers* a primera hora de la tarde, y la ha dejado sola con una avalancha de clientes. El revuelo que ha armado para su directo, que por supuesto, no ha recogido, la ha tenido entretenida hasta mucho más allá de la hora normal de cierre. Se lo tiene que perdonar, porque al chico se le dan muy bien las redes y es bueno para el negocio que las cultive y que cada vez sea más conocido. Trabajar, no trabaja, pero hay que reconocer que tiene chispa, y sus directos simultáneos en Instagram y TikTok, vendiendo las bondades del calzado que exponen, han convertido al negocio de Ada en un destino de moda. En los últimos tres meses, han atravesado sus puertas más clientes que en el resto del año, convirtiendo en rentable una pequeña zapatería que se mantenía a base de hacer equilibrios.

Para empezar el año, va a tener que contratar personal extra, si no quiere que en cuanto salga por la puerta, Pablo cierre para dedicarse a hacer directos, como hace un rato. Ella sola no puede con la asfixiante burocracia del autónomo, la avalancha de pedidos de la web y los clientes que la verborrea de Pablo ha multiplicado por cien.

Y gracias a que sus hijas, por las noches, la ayudan a preparar los envíos.

—¡Adri, Elena! —grita llamándolas, mientras se deshace de las llaves en el mueble de la entrada y se quita el abrigo. El árbol de navidad parpadea dándole la bienvenida.

Ninguna contesta. Elena y Adriana, de diecisiete y dieciocho años, llevan un rato encerradas en el baño. Lo sabe porque un móvil a todo volumen reproduce la terrible música que les gusta y el sonido

procede de allí.

—¿Ya habéis comido? —pregunta Ada, gritándole a la puerta cerrada.

Adriana, la más mayor, abre y trata de decirle algo, pero Ada no es capaz de entenderla. A Elena, que se asoma instantes después que su hermana, sí, a pesar del volumen infernal al que suena la música.

—Ya hemos comido, pero no nos podemos entretener, mamá, estamos en pleno tratamiento de belleza. Hemos quedado a las seis para salir a tomarnos algo antes de la cena de esta noche.

Las dos se han puesto una mascarilla en la cara, pero la de Adriana debe de llevar algo más de tiempo, porque le resulta imposible vocalizar. Se le ha quedado la cara rígida por la tirantez del producto, que empieza a endurecer.

—Bueno, pero no tardéis —les dice, resignada a que ya no son unas niñas pequeñas y no puede retenerlas a su lado con cualquier excusa. Desean batir las alas para ponerlas a prueba—. Como muy tarde, venid a las diez.

Adriana, que ya es mayor de edad, hace un amago de protesta que aborta ella misma ante su incapacidad de mover los músculos de la cara con soltura. Empuja a su madre para que las deje seguir con su tarea, con palabras ininteligibles de las que Ada solo capta alguna.

—¡No soy una pesada! —protesta, mientras avanza por el pasillo cabeceando camino a la cocina.

No le hace falta que sus hijas verbalicen del todo la mayoría de sus pensamientos, es capaz de entenderlas con miradas.

Cuando llega a la cocina, se encuentra con que las niñas han dejado todo recogido y la mesa puesta para que solo tenga que calentarse la comida en el microondas. La verdad es que son muy buenas, lo de ponerles hora es porque no se fía del mundo, no de ellas, y porque, aunque siguen sumando un año por cada uno del calendario, para Ada siempre serán sus niñas pequeñas.

En sus ojos empieza a formarse un charquito de emoción, pero no se lo permite. Sonríe, respira y calienta los macarrones, después de ponerles extra de queso y tomate.

Mientras los come, repasa el menú que ha pensado servir esa noche. Será algo sencillo, hace años que no le apetecen estas fechas y que cambió el marisco por tortilla de patatas y el cordero por una trenza de hojaldre rellena de salmón que le preparan en el bar de la esquina. De los aperitivos se encargará ella: unas croquetas rellenas de verdura, que preparó y congeló hace un par de días, y embutidos. Con Adriana y Elena, no es necesario empeñarse en la cena, detestan todo lo que se supone que es típico de estas fechas y a ella le da igual.

El único capricho que se ha concedido ha sido un puñado de nueces comprado en la única frutería que queda en el barrio. Ha estado a punto de arrepentirse de su decisión cuando ha visto el precio del kilo este año, en el que los alimentos han subido sin control.

En el catálogo de la tienda, tiene unas zapatillas de estar en casa monísimas que cuestan menos.

Mientras termina de comer, piensa en la ilusión de otras nocheviejas, cuando era como sus hijas y no le preocupaba el menú de la cena ni se entretenía en hacerse preguntas sobre el precio de las nueces.

Se le ilumina la cara cuando recuerda la Nochevieja que despedía a 2001 y daba la bienvenida a 2002. Nadie paraba de hablar de que, tras las campanadas, la peseta empezaría su cuenta atrás de dos meses para dejar de circular y llegaría una nueva moneda, el euro. En la cena se organizó un debate sobre lo que subiría la vida. Su padre insistía en que era optimista con la gente, que harían los cambios en su justa medida, pero su abuelo, mucho más realista, vaticinó que todo lo que costaba cien pesetas lo acabarían redondeando a un euro.

El abuelo, por supuesto, no se equivocó. Al mismo día siguiente, muchos bares le atizaron al café una subida de 66 pesetas, casi el doble de lo que valía, y se quedaron tan anchos porque no toda la gente dominaba las conversiones.

A la joven veinteañera que era ella, el debate la entretuvo menos que la elección de su vestuario, como estaban haciendo esa noche sus hijas. En el suyo, primó lo práctico: nada de escotes o vestidos por encima de la rodilla, ni tacones incómodos que destrozasen los pies. Pantalones y, si acaso, gorro y bufanda, que la

noche madrileña de invierno tiene la mala costumbre de ser gélida. En sus planes, solo entraban divertirse, bailar hasta la madrugada y beber hasta que el cuerpo aguantase (o se le acabasen las cinco mil pesetas que se había reservado para aquella noche).

Y bailó, bebió y conoció a Martín.

¡Cuánto tiempo hace ya de eso! ¡Qué de vida por en medio! Ahora las adolescentes alocadas son Adriana y Elena, que empiezan a volar, y que están deseando escaparse de una Nochevieja a solas con su madre.

Las escucha reírse en la habitación y, en lo más profundo de su ser, siente una inmensa envidia. Ella también se pondría un vestido, tacones y se marcharía a bailar de buena gana. La han mareado con los tres vestidos que se han comprado cada una, menos mal que ha sido en esa tienda online china que salen tirados de precio, y que da igual si al día siguiente no sirven ni como trapo para limpiar los cristales. Lo importante es que disfruten de esa noche, acumular recuerdos que calienten el corazón cuando el viento de la vida sople frío.

Está sirviéndose un café, cuando recuerda el vestido de la Nochevieja de 2011. Martín y ella se concedieron el capricho de dejar a las niñas con los abuelos y salieron a cenar a un hotel para celebrar los diez años que hacía que se conocieron. Ese vestido le costó un ojo de la cara y, después, no encontró otro momento para ponérselo.

¿Por qué no esta noche?

No saldrá a ninguna parte, pero seguro que las niñas se empeñan en que se hagan una fotografía, y quedarán las tres estupendas si se peina y se maquilla como si fuera a salir.

Al repasar el postre, recuerda que no había uvas en la frutería y las necesita para entrar en el año con buen pie, como dice la tradición. Seguro que si se acerca a un centro comercial todavía quedan, pero no le apetece en absoluto coger el coche y desplazarse hasta uno a estas horas.

¿Quién tendrá uvas?

En uno de los puestos de la Plaza Mayor ha visto botecitos de esos que las traen peladas y contadas. Es un poco cutre, pero algunas

tradiciones merecen no perderse.

Tendrá que salir a buscarlas.

CUATRO

Ocho horas para la medianoche

A pesar de que David lleva cuatro meses en Madrid, y que ha ido mil veces al centro, se ha vuelto a perder en el metro. No se lo piensa contar a nadie, bastante idiota se siente ya, intentando adaptarse a la ciudad que lo vio nacer, pero en la que no ha vivido desde que tenía cinco años.

Se ha acercado hasta el edificio que Fnac tiene en Callao a buscar un libro. No ha costado que uno le llame la atención al llegar; hay una torre de él con la que es difícil no tropezar nada más abandonar las escaleras mecánicas en la cuarta planta. Tiene la tarde libre, pero ha visto la tremenda cola que hay para pagar y no quiere perderla entera en una espera. Agarra uno de los ejemplares del libro, valora que la portada es bonita, y le da la vuelta para leer la sinopsis.

Al terminarla, aprueba con la cabeza. Sí, este libro tiene todas las papeletas para resultar perfecto para el regalo que quiere hacer. No tiene ni idea de si estará bien o mal escrito, pero le ha gustado lo que la contraportada promete y la carátula es muy sugerente. Además, es de tapa dura, que siempre queda muy bien para regalar.

Le tienta echar otro vistazo, por si hay algún otro libro que pueda hacerle sombra al que tiene en las manos, pero vuelve a acordarse de la fila de las cajas y no se lo piensa más. Se lo coloca bajo el brazo para pagarlo y se dirige a la salida por la escalera mecánica. Mientras esta se mueve, David echa un vistazo a su teléfono. Lo hace con intención de mirar qué hora es, pero lo que le llama la atención es que le queda un siete por ciento de batería.

¡Mierda, se le ha olvidado cargarlo!

Cuando llega a la cola para pagar, emite un resoplido; por lo menos hay quince personas delante de él y solo hay un par de cajas operativas. Entre eso y el trayecto en metro, no va a tener tiempo de llegar a casa antes de quedarse incomunicado.

«¿Cómo se podía ir la gente a otro país antes sin llevar encima un teléfono móvil? Yo no soy capaz ni de pasar una tarde sin él. Qué

digo una tarde, no llego a la esquina de casa sin el móvil», se dice.

Como no puede mirar la pantalla y arriesgarse a que el teléfono se apague, entretiene los minutos observando qué hacen los que esperan delante de él. En un rápido vistazo, calcula a ojo que el ochenta por ciento de las personas que esperan están mirando el móvil. Solo hay dos chicas enfrascadas en una conversación que las mantiene riéndose y un padre con dos niños pequeños que se desespera intentando que se estén quietos. Una mujer mira un adorno de los que ponen cerca de las cajas para que piques, mientras le llega el turno, y otra ha aprovechado para empezar a leer el libro que pretende comprar.

Los demás están sumergidos en el aparato.

No se va a poner crítico, él estaría haciendo exactamente lo mismo si no fuera porque es un desastre y se le ha olvidado cargarlo.

Se está desesperando, y no solo por la cola, sino porque suenan con insistencia canciones navideñas que le están poniendo de los nervios.

El clic que indica que alguien ha hecho una foto lo saca de sus pensamientos y se vuelve. Busca con la mirada qué ha podido resultar tan interesante como para merecer una fotografía, pero no detecta a nadie en actitud de fotógrafo. Lo que sí percibe es que la cola ha crecido detrás de él y que la gente que espera detrás, en una proporción similar a la de delante, mira sus teléfonos.

La chica que le sigue tiene el móvil en la mano, pero lo está observando a él. Lo mira y le sonríe y, durante una décima de segundo, David tiene la sensación de que está a punto de decirle algo.

Dura solo un parpadeo, porque uno de los niños tira una torre de libros armando un gran estrépito. El padre, que definitivamente está hasta el gorro de él y de su hermano, le da una colleja y, aunque el niño ni se inmuta, se desata un alboroto.

—¡Le parecerá bonito educar a los niños a golpes! Hay que ser civilizado con ellos y recriminarles con calma su comportamiento. Que sean pequeños no significa que no sean seres conscientes y dialogantes que puedan entender las normas —le recrimina una joven de unos treinta y tantos, indignadísima, pero en un tono pretendidamente

suave.

Lleva en la mano un libro de ensayo, un recogido de los que se hacen sin poner interés y unos pantalones anchos que necesitan pasar por la lavadora en algún momento de su vida útil.

—¿Quieres que te los regale y los educas tú? —le pregunta el padre, con bastante mala leche.

Lo de darle la colleja a ella, se lo calla, aunque ganas no le faltan. ¿Quién le ha dado vela en ese entierro?

—Desde luego, lo haría mejor que usted —dice ella, irónica, y le espeta el «usted» con más mala leche que la colleja que él le ha soltado al crío, que no ha pasado de ser algo más testimonial que doloroso—. Hay que dirigirse a los niños con respeto y mucho cariño...

—Así salen... —murmura otra señora, que debe andar por los cincuenta y tantos, y que se nota que es de una generación que entiende los programas de la lavadora.

—¿Usted también? —se enerva la intelectual del moño.

—La violencia nunca es solución —dice otra, que se anima a entrar en la disputa, a favor de la del moño.

El niño mira la que ha montado, primero perplejo y, después, se dirige a la intelectual.

—¡Qué fea eres!

El primer instinto del padre es ponerle otro correctivo, el que sea, colleja o charla, pero no le da tiempo porque se monta un guirigay con media planta opinando sobre lo que ha pasado. Unos, a favor de la chica; otros, con el padre. Hay un tercer grupo, el más numeroso, que se pregunta si habrá un término medio entre la colleja y la charla, pero son los únicos que permanecen callados.

—A ver, por favor, el siguiente —grita el cajero, que teme, como todos, que la discusión tome otros tintes menos dialogantes y aquello se desmadre. Hay un evento con *influencers* en la sala de conferencias de la planta cero y las voces tienen que estar llegando hasta allí. Pero, a pesar de sus intentos de apaciguamiento, y de que están en fechas de amor y paz, estos parecen tan ausentes de la tienda como de algunas partes del planeta.

—Ojalá se te atraganten las uvas —le dice la del moño al padre

para rematar su intervención.

Este, que está a punto de terminar de pagar en la caja, opta por cabecear y no contestar, y se larga arrastrando a un niño de cada mano.

En cuanto desaparece por la puerta, la sensación es que allí no ha pasado nada.

En el tiempo que tarda en llegar su turno, David siente varias veces la tentación de volverse para mirar a la chica que le ha sonreído. No sabe si porque su cara le suena o porque le ha parecido una preciosidad. Cuando le toca, saca la cartera y comprueba que, además de cargar el móvil, se le ha olvidado pasar por el cajero para sacar dinero.

«Tranquilidad, me queda la tarjeta virtual en el móvil», se dice. Acaba de ver que está en un cuatro por ciento de batería, pero para hacer el pago espera que le llegue.

—Ponlo aquí —le señala el cajero, acercándole la TPV.

El móvil de David, traidor, se apaga en ese instante.

—¡No, no! ¡No me puedes hacer esto! —le dice él al teléfono, como si hablándole, este fuera capaz de revivir.

—¿Qué te pasa? —pregunta el chico de la caja.

—Me he quedado sin batería.

—Puedes pagarlo en efectivo —le sugiere.

—No, no llevo suficiente.

Y, además, no podrá ir al cajero a sacar dinero para la noche, porque sin el móvil, no tiene esa opción. Mierda de tecnología. Lo bien que va cuando va bien, pero lo que toca los cojones cuando no. David se desespera, igual que el cajero, porque la cola va aumentando y el nerviosismo de las personas les va llegando a ambos como una ola de energía negativa muy poco navideña.

—¿No me podrás prestar un cable para cargar el móvil?

La tienda está llena de dispositivos electrónicos, seguro que hay alguno compatible con su teléfono, piensa.

El cajero tuerce el gesto. Si lo busca, la cola para pagar se hará más larga. La gente que tiene prisa y el poco espíritu navideño que ha quedado en el aire después de la movida entre el padre y la activista

de la educación infantil se está desvaneciendo.

—Yo lo pago.

David se gira y se encuentra con la sonrisa de la chica de detrás, que es la que se ha ofrecido a solucionar su problema.

—Ya me lo darás en otro momento, no te preocupes —le dice ella.

Saca una tarjeta física, como la que debería llevar él, y no fiarse del dichoso móvil, y se la ofrece al cajero, que suspira aliviado. La tensión parece que se aplaca y, además, la encargada de la tienda ha mandado a otras dos personas para que cobren y aligeren la cola.

—Gracias, pero no sé quién eres —dice David.

—Ah, ya..., bueno... no importa.

Le ofrece la mano y se la estrechan, pero enseguida la suelta porque tiene que marcar el pin de su tarjeta.

Cuando ella termina de pagar, salen a la calle juntos, donde una marea de gente disfruta de la última tarde del año.

—Quiero darte las gracias, me has salvado el culo, pero ¿por qué has hecho esto? —pregunta David.

—Porque tienes cara de buena persona —le contesta Desi.

Él eleva las cejas en un gesto interrogante y ella vuelve a sonreírle, mientras se pone un gorro que saca del bolsillo. Es muy guapa, mucho más de lo que le ha parecido dentro, o tal vez sea el reflejo de las luces que adornan la calle.

—¿Y si no lo soy? —pregunta él.

—Estoy segura de que me lo vas a pagar, porque ese libro no es para ti.

—¿Y por qué no?

—No te pega —contesta Desi, divertida.

David mira el libro; tiene que darle la razón, si fuera para él, seguro que ni se habría fijado en ese libro.

—Anota mi teléfono —le dice a Desi.

Ella saca su móvil y, a toda velocidad, lo marca y hace una llamada. Se lo lleva a la oreja y le hace un gesto para que espere.

«El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura».

—Ya tienes mi número, soy tu llamada perdida de las cinco

menos diez.

—Cuando lo pueda cargar, te hago un bizum —le asegura él.

David va a decirle su nombre y quiere preguntarle el suyo para saber cómo guardarla en la agenda, pero a ella le entra una llamada que contesta de inmediato.

—¡Hola! Sí, ¡ya voy!

Ni siquiera se despide, le guiña un ojo y sale disparada hacia la estación de Callao, dejándole plantado en la puerta de la tienda con el libro en la mano.

CINCO

Siete horas para la medianoche

Carlos ha pasado por la casa de los padres de Mar a recoger a los niños. Esta los ha bajado a la puerta de la calle y allí se despide de ellos, mientras tirita. Debería de haber cogido el abrigo para acompañarlos. Está empezando a caer la noche sobre la ciudad y la temperatura ha descendido unos grados.

—Por favor, no les compres un helado, por mucho que te lo suplique Lucas, lleva todo el día pesadísimo con que lo quiere. No quiero que empiece a quejarse de que le duele la garganta y nos dé la noche.

—Pero ¿está bien? —pregunta Carlos, intranquilo.

—¿Tú qué crees?

Lucas, de siete años, corre entre ellos, en una persecución a su hermano Hugo, que nunca termina. Los dos años más que tiene este le dan ventaja y se escabulle de su agarre.

Cansa solo el mirarlos.

—Y tampoco les des más azúcar —advierte Mar—, se han comido media bandeja de turrón que había preparado mi madre para después de la cena y míralos, creo que tienen energía suficiente hasta el día de Reyes.

Carlos atrapa a Lucas y le da un beso. Lo aplaca aferrándolo por la espalda contra su cuerpo mientras se despiden de Mar.

—No te preocupes. ¿Cuándo te los traigo?

—Dame un par de horas, por favor, ya sabes que a mi madre se le va la pinza en las fiestas y tenemos que cocinar como si esto fuera el banquete de una boda.

Mar se abraza a sí misma y ha empezado a golpear el suelo con los pies para entrar en calor.

A Carlos no le apetece marcharse, le gusta sentir que hay momentos en los que siguen siendo los mismos de antes de que todo saltase por los aires, pero sabe que es mejor que se despidan.

—Te llamo cuando estemos volviendo —dice él—, dadle un

beso a mamá.

Lucas se suelta de Carlos, intentando llegar antes que su hermano a los brazos de su madre, pero no lo consigue y empiezan otra pelea que ambos adultos se ven obligados a abortar.

—¿Ves lo que te digo?

Carlos entiende el cansancio que expresan las palabras de Mar. Estos niños son agotadores.

—Te los voy a traer rendidos, te lo prometo. ¿Qué os parece si nos vamos a Cortilandia? —pregunta, dirigiéndose a ellos.

Los niños gritan emocionados y tiran cada uno de una de sus manos, mientras él se despide de Mar con una sonrisa y un guiño. A ella le gustaría ponerse el abrigo y largarse con ellos, como las anteriores Navidades, pero sabe que tiene que regresar a casa de su madre. Que la decisión que tomaron a finales del verano, por mucho que en estos momentos sus sentimientos hagan que se tambalee, tiene que mantenerla. Les dice adiós con la mano y regresa al cálido refugio del portal.

Cuando se sube al ascensor, inspira algo de aire.

Nadie en casa de sus padres tiene que enterarse de que no se encuentra bien. Es una noche para celebrar ese principio que supone el nuevo año, aunque en el fondo, si es sincera consigo misma, no tiene nada que celebrar.

Cuando Carlos y los niños llegan a la calle Preciados, a él se le ha empezado a levantar un ligero dolor de cabeza. Los dos niños han ido todo el camino parloteando, intentando captar su atención a la vez, incapaces de respetar un turno de palabra razonable. Parece que, en la semana que hace que no se ven, han acumulado un montón de historias que contarle y cada uno quiere ser el primero en hablar. En estos momentos, han llegado al «tema Reyes Magos».

—Yo me he pedido una Nerf —grita Hugo.

—No te la has pedido tú, me la he pedido yo —apostilla Lucas.

—Que no, idiota, que tú has pedido la gasolinera de Playmobil.

—Yo no quiero eso, quiero una Nerf y una pista de Hot Wheels.

—No le hagas caso, papá, ayer quería unos auriculares como los del tío Paco —dice Hugo.

—Vais a volver locos a los Reyes—apunta Carlos, cuando logra meter baza.

—Ya... los Reyes...

El comentario de Hugo pone en alerta a Carlos. El mayor ya se ha enterado del secreto mejor guardado por los padres. Si ya era una odisea mantener a los niños en la fantasía de creer en la magia de la Navidad, con internet y lo bocazas que son en los programas de televisión, eso se ha convertido en misión imposible. Hugo, un poco antes de que acabaran las clases, se enteró en el colegio y Mar le contó que había tenido que mantener una larguísima charla con él para que no se lo contase a su hermano.

—¿Qué os trajo Papá Noel? —le corta Carlos, guiñándole un ojo.

—¡Puzles! —dice este—. ¿Tú te crees?

Carlos suelta una carcajada.

A Hugo no le gustan nada los puzles y, sabiendo además que no ha sido un señor gordo vestido de rojo, que no le conoce de nada, no se puede creer lo que encontró bajo el árbol la mañana de Navidad. Él había dejado bastante claro que lo que quería era un patinete eléctrico. O una tablet. O un móvil, que algunos niños de su clase ya tienen y él quiere el suyo, pero sus padres no cedieron. Son un par de aburridos.

—Pues a mí me gustan los puzles —dice Lucas, pero enseguida calla.

Al doblar la esquina, tropiezan con el espectáculo de Cortilandia, que ya ha empezado. La puerta de El Corte Inglés está tan abarrotada de gente que Lucas, que además de tener siete años no es especialmente alto, se queja de que no consigue ver nada. Carlos lo alza en brazos, rogando por que aquello no dure demasiado. ¿Cuándo ha empezado a pesar tanto este niño?

—Te has cebado de dulces, ¿eh? —le dice.

Y Lucas se ríe, porque es verdad; se ha comido por lo menos el doble de turrón que su hermano.

Hugo refunfuña. Desde su posición, no ve nada, pero es que tampoco le gusta Cortilandia. No entiende qué le encuentran de

divertido a esos gatos que se mueven al ritmo de una musiquilla repetitiva que saca de quicio. Si ni siquiera se menean con gracia, se nota a la legua que eso solo es para niños pequeños. Bueno, y para algunos mayores, porque no es solo a Lucas a quien le hipnotizan, su padre también parece fascinado por el espectáculo.

Y otros padres.

Desde luego, él no entiende qué le ven.

Carlos, mientras sostiene a Lucas, recuerda otras Navidades, pero no las de los años anteriores, sino unas mucho más lejanas en las que la escena era casi idéntica a la de hoy: un niño encaramado en los brazos de su padre y un espectáculo que, en esencia, no difiere mucho del que está frente a sus ojos. El niño era él y el padre, el suyo.

Siempre le pareció que la Navidad no empezaba de verdad hasta el día en el que lo llevaba a Cortilandia. En algún lugar ha leído que el espectáculo cumple 45 años, los mismos que tiene él en ese momento.

Cuando todo termina, baja a Lucas de los brazos y le da la mano. Con la otra, agarra a Hugo.

—¡Ya no soy pequeño! —protesta este.

—No te voy a soltar; si vuelvo a casa de tu abuela sin ti, porque te has perdido, tu madre me cortará las pelotas.

—¡Has dicho pelotas! —dice Lucas.

Carlos cierra los ojos al darse cuenta del resbalón, se le olvida hablar bien delante de ellos.

—Si se entera de que he dicho pelotas, también me las cortará, así que será mejor que me guardéis el secreto.

—Bueno —dice Lucas—, si me compras castañas…

Carlos lo mira y arruga el semblante. Si ya es capaz de chantajearlo con siete años, ¿qué pasará cuando sea adolescente? Traga saliva e intenta no pensar en la adolescencia de sus hijos, todavía queda lejos y ahora lo que toca es disfrutar de esos niños en los que, a pesar de que Hugo ya no crea en los Reyes y que Lucas sea un embaucador, queda algo de inocencia.

Cuando llegan a la Plaza Mayor, el mercadillo navideño los recibe atestado de gente, de luces y de villancicos.

—¿Buscamos castañas? —les pregunta.

—¡Sí! —contestan a la vez.

Al poco de dejar Fnac, David ha cogido el metro en Callao. No había sitio en el vagón para sentarse, pero son solo dos paradas. De pie, abrazado a una de las barras verticales, ha abierto el libro que ha comprado y ha empezado a leerlo.

«La música suave de un piano inundaba con su melodía el amplio salón del hotel de lujo. Los dedos de la pianista se deslizaban por las teclas como si hubieran sido creados únicamente para ellas y yo, desde una esquina, sentía la punzada de los celos en el centro de mi pecho. Celos de ellos, del privilegio de poder moverse sobre blancas y negras extrayendo las notas del *Nocturno* de Chopin. Celos de ella, que podía ganarse la vida sentada sobre una banqueta, mientras que yo debía limitarme a limpiar.

—Señorita, ¡usted no debería estar aquí!

La voz a mi espalda, que me hizo dar un respingo, era la de la gobernanta. Contuve las ganas de gritarle que sí, que yo debería estar justo ahí, sentada al piano, ganándome la vida con lo que mejor sabía hacer, pero no lo hice. A cambio, cerré los ojos, apreté los puños y recordé que mi yo pianista se había quedado en Ecuador antes de emigrar. Antes de que las cosas se empezaran a torcer para mi familia, cuando hube de dejarlo todo atrás...»

David sigue leyendo, sin poder separar los ojos de la historia. Se acuerda de su ángel de la guarda, esa chica preciosa de Fnac, y decide que no está de acuerdo con ella. Puede que esa historia nunca la hubiera elegido, pero después de veinte páginas leídas, sabe que sí es para él. Ha conocido a la protagonista, y desea conocer el resto de su historia.

¿Veinte páginas?

Se da cuenta de que se ha pasado un montón de estaciones y que, ni una sola vez, a pesar de que está leyendo de pie y rodeado de gente que entra y sale del vagón, ha echado de menos su teléfono.

SEIS

Seis horas para la medianoche

A esa hora, en la Plaza Mayor de Madrid, hace un frío de mil demonios. Ni siquiera el gentío es capaz de amortiguar el efecto de un viento que sopla del norte y que obliga a tiritar a quienes se han congregado en el mercadillo navideño.

Ada va abrigada, con gorro, guantes y bufanda, tan arropada que parece que, en lugar de espantar el frío, lo que quisiera fuera esconderse de alguien. Por eso, cuando escucha su nombre, ni se vuelve. Solo cuando alguien lo pronuncia por tercera vez, se gira. Quizá sea a ella a quien reclama esa voz masculina que, por otro lado, no le es del todo ajena.

—¡Hola, Carlos!

—Hola. ¡Creía que no querías hablar conmigo!

—No, perdona, es que como voy debajo de tanta ropa, pensé que no era a mí a quien llamaban.

—¿Cuántas personas conoces que se llamen Ada? —le pregunta Carlos.

—Pocas, la verdad. ¿Qué hacéis por aquí? ¿Dando una vuelta de última hora?

—Hemos estado en Cortilandia y hemos venido a buscar unas castañas asadas. ¿Y tú?

Ada se queda mirando a Hugo y a Lucas. Le sorprende lo que han crecido desde la última vez que los vio. Hugo sigue pareciendo muy serio y la cara de trasto de Lucas ha ganado todavía más posiciones con el tiempo.

—Estoy buscando uvas para esta noche —le dice.

—¡No me digas que se te han olvidado!

—Pues sí, estos días, con el jaleo de la tienda, tengo la cabeza en un millón de cosas y llegué tarde.

—¿Cómo están las niñas? —pregunta Carlos.

—Creciendo, como los tuyos, solo que las mías van por esa edad en la que te hacen sentir que tú ya eres muy mayor.

—¡Pero si tenemos la misma edad!

—Créeme, su adolescencia te pone años encima a ti. No sé por qué pasa, pero pasa.

Carlos sonríe a Ada. Se conocen desde el instituto, en el que coincidieron desde el primer curso. Él siguió estudiando y ella lo dejó todo para trabajar en la zapatería de sus padres, que ahora es suya. Tiene mucho éxito, según ha podido ver en redes. Se ha convertido, en los últimos meses, en la zapatería de moda de Madrid. No le extraña, Ada siempre ha tenido buen gusto y la tienda es muy vistosa, pero también ese chico que ha contratado es muy divertido. Hasta él ve sus vídeos en Instagram.

—¿No deberías buscar una frutería para comprar las uvas? No sé si el mercadillo es el mejor lugar… —le dice Carlos.

—No se lo cuentes a mis hijas, pero la cena la voy a recoger ahora a un restaurante y les voy a poner uvas de bote. Soy así de mala madre.

Ambos se ríen y Hugo resopla. Al niño no le apetece quedarse allí parado hablando con Ada. Quiere seguir paseando por el mercadillo y que compren las castañas que ha prometido su padre.

—Hugo, no seas maleducado —le dice Carlos.

—No, cariño —dice Ada—, llevas toda la razón por protestar. Aquí hace un montón de frío para quedarnos parados.

—¿Te importa que te acompañemos en tu búsqueda de las uvas? —le pregunta Carlos a Ada.

Hugo vuelve a resoplar, más fastidiado aún.

—A mí no, al contrario, pero déjame que os invite yo a las castañas.

—¡Sí! —grita Lucas, y se suelta de la mano de su padre, agarrando a Ada.

—¿Quieres que os invite, Hugo?

Este se encoge de hombros ante la pregunta de Ada y ella le ofrece su mano. El niño se lo piensa un momento, pero después la acepta. Hace mes y medio, estuvieron en la zapatería con su madre, Ada no es ninguna extraña para ellos. Cuando llegan al puesto de castañas, se hacen con dos docenas. Cada niño sujeta una en sus

manos, mientras siguen recorriendo el mercadillo, esta vez en busca de las uvas que necesita Ada. Carlos los vigila para que no se le pierdan, mientras le pregunta a Ada cómo está.

—Bien.

Sonríe, aunque le ha salido un «bien» triste, como esos que se dicen cuando lo que sientes es tan grande que no cabe en esas cuatro letras. Para explicarlo, deberías sentarte delante de un café en un sitio calentito y con muchas horas por delante, pero no lo haces porque acabarías confesando que hay algo que no está tan bien.

Un «bien» de compromiso, que a Carlos no le vale.

—Qué mal se te da mentir. Pero no de ahora, desde siempre —le dice.

—¿Y qué más da si me siento bien o mal? —le pregunta ella.

—Soy yo, Ada, te conozco. Y también a Martín. Fuisteis uno desde aquella primera Nochevieja en la que nos encontramos con él. Os mirasteis y no hizo falta nada más, todos nos dimos cuenta de que estabais hechos el uno para el otro. Cuando te he visto, te juro que esperaba que apareciera detrás de ti.

Ada intenta no emocionarse, pero le resulta difícil. La herida no es reciente, pero esa noche duele como si lo fuera.

—Yo también lo espero constantemente —le confiesa—. A veces aún caigo en la tentación aún de agarrar el teléfono para contarle algo que me ha pasado.

—¿Cuánto hace ya?

—Cuatro años y medio —suspira ella—. Demasiadas Nocheviejas sin él.

Martín salió una tarde de verano a dar una vuelta con su motocicleta y no volvió.

Ada ha pensado mil veces en los años que pasó ahorrando para comprarla, en la ilusión que sus ojos destilaban el día que la llevó a la puerta de la zapatería para enseñársela. Las motos eran su pasión y, aquella en concreto, un sueño. Se ha dicho muchas veces que nuestro destino está escrito y el de Martín estaba tan ligado a esa máquina como se ligaron los suyos una noche como esta de hace ya demasiados años.

—¿Y tú? ¿Cómo estás? Mar me contó...

Ada desvía la conversación hacia él y Carlos se encoge de hombros. El gesto le sale igualito que el que ha hecho Hugo hace un rato. Esquiva ser claro.

—Estoy feliz por tenerlos este ratito conmigo. Este fin de semana no me tocan, pero Mar me ha llamado para que pasara a buscarlos. Creo que más que pensar en mí, se ha deshecho de ellos porque estaban a punto de volverla loca.

—Bendita locura. Si el tiempo pudiera dar marcha atrás, regresaría a cuando Elena y Adriana eran así. Esta noche será la primera que no tengan hora de regreso, me temo que no voy a dormir por la preocupación.

Lucas arrastra de la mano a Ada hacia un puesto en el que venden gorros. Se le ha antojado uno y sabe que su padre le va a decir que no, así que prueba con ella. Si le ha comprado castañas, a lo mejor no le importa comprarle un gorro.

—¡Pero tú cómo tienes tanto morro! —le dice su padre.

Ada se ríe. Está disfrutando esta salida de casa de manera inesperada. La conversación con Carlos y esos dos niños la ha animado, aunque haya habido un momento de bache cuando Carlos se ha acordado de Martín.

—¿Te apetece tomarte un chocolate? —le pregunta Carlos.

—¿Ahora?

—No, ahora no. Tengo que devolvérselos a su madre. Me refiero a mañana por la mañana. Un chocolate a las ocho en San Ginés, como hacíamos antes.

—¿Tú estás seguro de lo que estás diciendo? Ahora, tomarte un chocolate en San Gines el día de Año Nuevo puede ser misión imposible.

—No, si quedamos a las seis y media, por ejemplo.

Ada suelta una carcajada y de pronto recuerda que hace mucho que no se ríe con ganas. Puede que, con veinte años, y con el cuerpo calentito por el alcohol acumulado durante la noche, pudieran esperar impertérritos en la puerta de la chocolatería durante hora y media, pero ahora...

—Yo pretendo acostarme en cuanto las niñas salgan por la puerta —le dice.

—Así te pilla descansada.

—No sé si voy a dormir hasta que vuelvan —apunta Ada.

—Pues mejor, así no te contará como madrugar.

—Tú estás fatal.

—No quiero que pienses que es una cita, se lo voy a proponer también a Mar. Como en los viejos tiempos. Si tú vienes, igual ella no se opone.

—¿Así que me estás utilizando para tener una cita con tu ex?

Carlos se sonroja un poco, pillado en sus intenciones. Ni siquiera se le había ocurrido antes de encontrarse con Ada y de hablar con ella, pero ahora que lo ha pensado, le parece buena idea enredar a Mar en una cita a tres. No termina de hacerse a la idea de que no vayan a empezar el año juntos.

—¡Porfa!

Le sale una petición tan lastimera que a Ada le da la risa.

—¿A las seis y media de la mañana has dicho?

—A las seis y media, los primeros de la cola.

—¿Y si Mar no quiere salir con nosotros? —pregunta ella.

—Pues tocaremos a más churros.

Ada cabecea, pero con una sonrisa pintada en la cara. Nadie estará en casa a esas horas para que desayunen, así que no le parece mal el plan. Han llegado al puesto donde tienen los botecitos de la suerte con las doce uvas peladas en conserva. Pide tres.

Carlos compra otros tres y unos turrones. Cualquiera sabe si su madre se habrá acordado de comprar uvas, últimamente le falla la memoria.

—Esperadme un momento.

Se dirige a un puesto y compra algo que Ada no alcanza a ver, y que la dueña de la caseta envuelve antes de ponerlo en una bolsa de papel muy navideña.

—Ya nos podemos ir —dice él, al regresar.

Y los cuatro enfilan a la puerta de la calle de Toledo, por donde van a salir de la Plaza.

SIETE

Cinco horas para la medianoche

Elena y Adriana han quedado con sus amigas en un local del barrio. Están emocionadas con esa primera vez que pueden salir antes de la cena. Llevan uno de los tres vestidos que se han comprado para la noche, se han maquillado siguiendo las instrucciones de las *influencers* de TikTok y, con la seguridad de la juventud, se abren paso hasta la barra. Allí las esperan Natalí, Aitana y Desirée. Vuelan besos y halagos hacia su atuendo en todas direcciones.

—¿Os gusta? —pregunta Elena, dando una vuelta sobre sí misma. Se siente sexi con el vestido negro de espalda abierta que acaba de estrenar.

—Yo me hubiera puesto ese para la noche —dice Adriana—, pero esta es tonta.

Ella lleva un vestido beige de manga con cuello en pico, al que ha añadido un cinturón en dorado.

—Si me pongo este toda la noche y me roban el abrigo, puedo morir congelada al volver a casa.

—¿Y por qué te van a robar el abrigo? —pregunta Natalí, que ha elegido un vestido azul cobalto ajustado que resalta sus curvas y está espectacular con el maquillaje de purpurina en tonos marinos a juego con él.

—Porque puede pasar —apostilla Elena.

—Por poder pasar, puede pasar cualquier cosa. En plan, yo me puedo enrollar con ese —dice Aitana, señalando a un veinteañero que está pidiendo al otro lado de la barra.

Todas se quedan mirando primero a ella y después al chico. Altísimo, delgadísimo, elegantísimo. El traje le queda como si se lo hubieran cortado a medida. Aitana lleva un *look* más discreto, un pantalón negro ajustado y una ligerísima camiseta plateada de tirantes.

—No te pega —arruga la nariz Desi.

—¿Y por qué no me va a pegar? ¿No voy bien? —pregunta

Aitana, enfadándose un poco. ¿Qué le está queriendo decir Desirée?

Esta ni se molesta en hablar, solo señala al chico con la cabeza y las cinco se quedan mirando. Otro chico se acaba de acercar a él, le ha abrazado por la espalda y, en cuanto el primero se vuelve, se besan.

—Por eso no te pega —se ríe Natalí.

—¡Hostia, ya se me ha roto el radar y eso que solo me he bebido un chupito! —se avergüenza Aitana, que ahora piensa que debería haberse fijado un poco mejor en el chico—. Será mejor que no me pase con ellos antes de la cena, que mi madre es capaz de castigarme sin salir.

—No se atreverá esta noche —dice Desirée.

—¡Mejor no ponerla a prueba!

—¿Y qué pedimos entonces? ¿Un Bifrutas? —le pregunta irónica Natalí.

—Sí, como si tuviéramos cinco años... ¡Chupitos para todas!

Al grito de Aitana, que se ha venido arriba a la misma velocidad que se había ido abajo, todas empiezan a reírse, piden una nueva ronda y celebran el nuevo año, aunque a este todavía le queden unas horas.

—Por esta noche —brinda Adriana—, ¡vamos a quemar las calles!

Una señora, que igual supera la edad de su madre, y que está en el mismo bar, se vuelve hacia Adriana y la mira inquisidora.

—Metafóricamente —le dice la chica.

Las cinco se ríen, chocan los chupitos de tequila de la segunda ronda y se los beben de un trago. Adriana tiene muchas ganas de fiesta y quiere que ya pidan la tercera, pero Elena la frena. Su madre ha hecho una excepción dejándolas salir, es mejor que no la caguen antes de que empiece lo bueno.

—No me jodas que me voy a tener que pedir un Bifrutas de verdad —le dice a su hermana.

—O una Coca Cola, pero deja de beber.

La música que ameniza la noche es un recopilatorio de las canciones del año y la que hace su entrada en esos momentos es una

de las favoritas de las cinco. Como si estuvieran programadas, empiezan a moverse sincronizadas y a cantar a gritos. Natalí saca el móvil e inmortaliza el momento. Después, cuando llegue a casa, subirá el vídeo a una *story* de TikTok.

—He vivido una fantasía en Fnac esta tarde —les cuenta Desirée, cuando a la canción que les gusta sigue otra que no, y detienen el baile.

—¿Has ido a Fnac? ¿El día de Nochevieja? Tía, lo tuyo con los libros da *cringe* ya —grita Natalí. Hay ya tanta gente que solo pueden entenderse a gritos.

—He comprado un libro, pero no para mí.

Les cuenta su encuentro con el chico en la caja. Que se ha quedado sin batería en el peor momento y no podía pagarlo, por lo que ella se ha ofrecido a hacerlo por él. Las otras cuatro la miran esperando el final de la historia, pero Desirée no dice más, así que Aitana pregunta:

—¿Y te ha pagado el libro después?

—No —contesta Desi, como si no tuviera ninguna importancia.

—Pero, tía, que no te lo va a pagar, que es un desconocido —le dice Elena, preocupada por su amiga. Mira que ser estafada el último día del año…

Desirée la mira con los ojos brillantes y una sonrisa más luminosa que el inmenso árbol que han plantado en la Puerta del Sol. No parece que tenga las mismas preocupaciones que sus amigas.

—Ha sido de locos, me da igual que no me lo pague —dice.

—Será porque te lo puedes permitir; yo, si voy por ahí regalando veinte euros, me tengo que quedar sin salir por lo menos dos fines de semana —dice Adriana.

—Han sido algo más de veinte euros, es un libro de tapa dura.

Otra de sus canciones favoritas emerge poderosa llenando con sus vibraciones positivas la sala y las chicas se lanzan a otro baile desenfrenado, cantando a voz en grito. Por supuesto, Natalí lo graba. Mientras saltan, el bolso de Desirée vibra. Saca el móvil y comprueba la notificación: es un bizum.

22,30€

Bizum recibido

Domingo 31 de diciembre a las 19:24

Fecha valor

31 de diciembre

Número de cuenta…

Sonríe. En el concepto, el chico ha puesto dos palabras: «Gracias, preciosa». Sigue absorta mirando el teléfono, tanto que no se percata de que sus amigas llevan un rato preguntándole qué pasa.

—Es el bizum del chico de Fnac.

Levanta el teléfono y hace un gesto triunfante a la vez que lo agita. Elena se ha equivocado, el chico es honesto y le ha pagado el libro. Es verdad que por un momento Desi ha creído que conseguir su teléfono le había costado 22,30€, pero al final ha salido gratis.

Y sin usar las *girl maths*, gratis del todo.

—Pues sí que te ha dado fuerte con él —le dice Adriana.

Desirée suelta una carcajada y se encoge de hombros, a la vez que suena una nueva canción. Las cinco parecen volverse locas al unísono y empiezan a cantar a voz en cuello.

Ya les contará más adelante un detalle sobre él que se ha callado.

OCHO

Cuatro horas para la medianoche

Carlos abre la puerta de la casa en la que vive ahora y sus hijos entran como dos huracanes. Enfilan el largo pasillo de frías baldosas enceradas y, cuando están a punto de llegar a la puerta del salón, se tiran al suelo para resbalar, mientras gritan.

—¡Abuela!

Carmen, la madre de Carlos, está allí, hablando por teléfono. El fijo, por supuesto; tiene móvil, pero, como casi no sale de casa, lo tiene siempre sin batería. Esa es la excusa, porque la verdad es que no lo controla mucho y una vez entró en una página, o llamó a un número, o no sabe lo que hizo, pero el caso es que le cobraron un dineral y no se quiere arriesgar de nuevo.

Quien evita la ocasión, evita el peligro, dice el refrán.

—Pilar, te dejo, que han venido mis nietos —le dice a su interlocutora—. Feliz año, y gracias por acordarte de mí.

La cena de esa noche se está haciendo en el horno, cordero asado al estilo segoviano, así que apenas tiene nada más que hacer que darle la vuelta cuando vaya por la mitad de la cocción. Por eso, Carmen se ha pasado toda la tarde al teléfono. Es verdad que esta vez ha sido Pilar la que ha llamado, pero el resto ha sido ella quien ha descolgado el aparato para desear feliz año a la familia y a algunos amigos. Todos los que le ha dado tiempo desde que se ha quedado sola en casa.

Cuelga el teléfono casi a la vez que los dos niños se le cuelgan del cuello a ella. Hugo y Lucas son muy cariñosos con la *abu*, como la llaman, y hoy, además, están nerviosos porque le han traído un regalo por su cumpleaños.

—Tienes que abrirlo rápidamente —la apremia Hugo.

—¿Y si tardo un poco? —le pregunta ella, fingiendo más torpeza con las manos de la que tiene.

—Pues no te veremos abrirlo, porque nos tenemos que ir a casa de mamá. ¡Abre, que queremos ver qué es! —dice Lucas.

Carmen se echa a reír con ganas. Con lo que ha dicho el pequeño, está segura de que aquel regalo es cosa de Mar, o de Carlos, no de los niños.

Siente un pellizquito en el corazón.

No entiende qué ha podido pasar con su hijo y con Mar, con la bonita pareja que hacían. Ni en tres vidas se hubiera podido imaginar que ellos acabarían separados. Lo de Lourditas y Martín, eso se veía venir antes de empezar, pero lo de ellos no le entra en la cabeza.

Espanta los pensamientos negativos y se centra en el paquete que le han entregado los niños. Despega el celo con desesperante cuidado y despliega el papel de Navidad con delicadeza, hasta que aparecen ante la vista de todos unos guantes color crema.

Esto ha sido cosa de Carlos, hace un par de días le contó que no encuentra los del año pasado.

Carmen piensa que su hijo ha olvidado que un presente no tiene que ser práctico. Lo que uno necesita, se lo acaba comprando tarde o temprano.

—Pero ¡qué bonitos son! —dice—. Gracias, hijos.

—*Abu,* somos tus nietos —señala Lucas.

A Carmen, el comentario de Lucas la llena de ternura y se lanza a darle algún que otro beso más, pero esta vez el niño, que ya ha debido hacer el cupo del día, se revuelve y se limpia la cara con la manga del jersey. Antes de que se ponga pesado, Carlos le entrega otro paquete a su madre.

—Eso es el regalo de los niños, este es el mío, mamá —le dice.

Le da algo que le cabe en la palma de la mano. Su forma prismática recuerda a los estuches de las joyerías y Carmen se emociona. Abre el envoltorio y su vista se torna borrosa. Necesita pestañear varias veces para recuperar la claridad de su mirada. Dentro de la cajita espera una preciosa pulsera de plata. El cordón que la forma es grueso y se retuerce sobre sí mismo, y algunos de los eslabones han sido sustituidos por diminutas figuritas humanas. No le alcanza la vista sin las gafas de cerca para leer lo que llevan grabado, pero las cuenta y el número le revela los nombres que sus ojos apenas distinguen. Son seis: su marido, sus hijos y sus nietos. Sabe que la

pulsera no tendrá un gran valor económico, pero la acaricia como si fuera el mayor de los tesoros. Está segura de que ha tenido que encargarla. Algo personalizado no es una compra de las que se hacen a última hora, ha tenido que emplear tiempo en ello.

Tiempo.

A su edad sabe que es lo más valioso que tenemos y que entregarlo a otro es darle algo invaluable. Se pone una mano sobre la boca para contener un suspiro de emoción. Por mucho que no le guste la situación de Carlos, es ella la que ha salido ganando, porque lo tiene otra vez en casa. Por un lado, desea que su vida se reconduzca pronto, pero, siendo muy egoísta, no le importaría que fuera más adelante, cuando ella ya no esté. Es ese pensamiento el que duele, porque no sabe analizar si está bien o mal que se sienta así.

—*Abu*, no llores —le dice Lucas preocupado, trepando a sus piernas. Está un poco arrepentido de haberse limpiado sus besos con la manga.

—Ay, mi niño, estas lágrimas no son tristes, me encanta el regalo.

Y cuando lo dice, mira a los ojos a su hijo, que le devuelve una sonrisa.

—Pues cuando te gusta algo, no hay que llorar, te tienes que reír —le dice Lucas—. Así.

Hace una mueca exagerando una sonrisa y a su abuela, esta vez, le da la risa de verdad.

Hay otra emoción sacudiendo el anciano corazón de Carmen. Aunque Carlos no se lo haya dicho aún, sabe que su contrato se acababa el 31 de diciembre y no ha mencionado en estos días que se lo hayan renovado. A sus 45 años, no lo va a tener nada fácil para volver a colocarse, como no lo tuvo para encontrar este trabajo precario en el que solo ha estado estos tres últimos meses. A Carmen le hierve la sangre. Desde que cerró la empresa donde trabajaba su hijo con un contrato fijo, se ha convertido en un nómada. De un trabajo a otro, con meses en paro en medio en los que se desespera.

Tiene experiencia, pero le sobran años, aunque los que marca su DNI todavía no le pesen y apenas se le noten. No tiene ni una cana

y, gracias a su afición por el deporte, tampoco le sobran kilos. A pesar de su buen aspecto, sigue teniendo 45, y ya nadie quiere contratar a hombres de su edad. Ella no lo entiende, a esa edad era cuando ella se sentía más vital, más plena, más capaz de comerse el mundo. No era una jovencita inexperta, pero todavía le quedaban arrestos para ponerse el mundo por montera.

Qué coraje da este tiempo que se enfoca en la juventud, restándole valor a la experiencia.

Mientras ella se pierde en sus pensamientos, los niños, a los que Carlos ha puesto dos vasos de Coca Cola, alborotan con sus voces nuevas y saquean una bandeja de polvorones. Le están haciendo una lista pormenorizada de lo que han pedido a los Reyes, mezclada con lo que han visto en Cortilandia, y también le cuentan algo de un hada que no entiende, hasta que Carmen cae en que están hablando de la segunda mujer de Martín.

Con el jaleo que hay montado, ninguno ha oído que una llave hurgaba en la cerradura y que alguien ha entrado en la casa. Solo son conscientes de su presencia cuando se asoma al salón.

—¡Pero mira quién ha venido! —dice, y los niños, Carlos y la abuela se vuelven hacia él.

—¡David! *Good afternoon* —le dice Hugo, y él sonríe.

El veinteañero deja un paquete sobre la mesa y enseguida tiene a dos niños que se lanzan sobre él. Hugo pelea por decirle palabras sueltas en inglés, presumiendo de que en su cole bilingüe ha aprendido mucho, pero pronto se cansa porque Lucas le está ganando la partida de la atención con su primo, hablando en español.

¡Para eso no se esfuerza!

David los escucha con paciencia, le encantan sus primos, a pesar de la diferencia de edad. Si Hugo se empeña en hablarle en inglés, es porque él vive en Inglaterra desde que era muy pequeño. Le cuesta cuando su abuela pronuncia su nombre en español, aunque empieza a acostumbrarse. Emigró con su madre, Lourdes, la hija mayor de Carmen, cuando sus padres se separaron, y aunque volvía periódicamente para ver a su padre y a su familia, no se había planteado vivir en Madrid hasta este año. Ha pensado que era bueno

para su currículo. Por eso se ha venido a vivir con su abuela para terminar la carrera de periodismo en español. Esta Nochevieja es la primera que pasará en Madrid.

—¿Dónde te has metido? Te he llamado dos o tres veces para que comprases uvas, que se me han olvidado —le dice su abuela.

—Me he quedado sin batería —le contesta, mostrándole su móvil, que está apagado desde hace varias horas—. ¿Has visto mi cargador?

—Ahí lo has dejado —le dice ella, señalando un enchufe del que cuelga un cable.

—Por las uvas no te preocupes, mamá, las he traído yo —dice Carlos.

Saca los tres botes del bolsillo del abrigo y su madre cabecea. ¡Dónde vamos a ir a parar, uvas de bote!

—Qué bien huele —dice David.

—A cordero asado, no como las guarrerías que coméis en tu tierra —le contesta la abuela, que ha pasado algunas Navidades en Londres y no le ha gustado nada la comida.

—Abuela, yo nací en Madrid.

—Pero llevas tanto fuera que hasta hablas un poco raro —le dice Carmen, que no se acostumbra al ligero acento inglés de David, ni a que algunos le llamen *Deivid*.

—Bueno, yo me voy a llevar a estas fierecillas a casa de sus abuelos. Enseguida vuelvo —dice Carlos.

—Dadme un beso.

La abuela abre los brazos para achuchar a los pequeños y, en cuanto Carlos se despista, mete cinco euros a cada uno en el bolsillo.

Cuando se quedan solos, a David le entran ganas de darle a Carmen el regalo de su cumpleaños, pero decide que es mejor dejarlo para ese momento entre la cena y las uvas.

—Me doy una ducha y te ayudo a poner la mesa, abuela.

—Espera, ven.

Carmen busca por el bolsillo y le da a David cinco euros, como a sus primos. No quiere hacer diferencias entre ellos.

NUEVE

Tres horas para la medianoche

Ada deja todo listo para la última cena del año y se dispone a acicalarse. Busca en su armario algo que ponerse, pero cada prenda le recuerda que es la ropa que usa para la zapatería. Ella es práctica, solo compra lo que sabe que va a utilizar. La única prenda que no cumple esa premisa es el vestido del que se acordó horas antes.

Lo saca del armario.

El rasgado de la cremallera de la funda emite un quejido suave, como si tuviera voz propia y le estuviera dando las gracias por rescatarlo de su encierro. El vestido, azul noche, se frunce en el costado derecho y deja al descubierto los brazos. El suave y liso crepé de viscosa con el que está confeccionado se cierra con una cremallera en la espalda. Parece que la estuviera esperando porque, con un simple vistazo, sabe que la talla sigue siendo tan perfecta para su cuerpo como hace una década.

Lo deja sobre la cama y se dirige al baño, donde se ducha con calma. Al salir, se recoge su media melena castaña y después abre un cajón, buscando un perfume. Cuando lo tiene en sus manos, imprime tres ligeros toques al rociador. Un suave aroma con notas cítricas invade la estancia y la inunda a ella. Cierra los ojos y se deja llevar por la memoria olfativa. Esta la transporta a otro momento, de una manera tan poderosa que, por un instante, siente como si el tiempo hubiera dado marcha atrás.

Abre los ojos, deposita el frasco de nuevo en su cajita de cartón ajada por los años y regresa a su habitación. Allí, frente al espejo, se viste. La tela del vestido se desliza por sus caderas como una caricia inesperada.

—Estás muy guapa —le dice Martín.

No es él, por supuesto, es su recuerdo quien habla en la mente de Ada, y ella sonríe al espejo, como si realmente él estuviera a su espalda halagándola. Le encantaría contestarle, ajustarle la corbata como el día en el que estrenó este vestido y recordarle que se pusiera

los gemelos que tiene en un cajón, que solo han visto la calle una vez. Besarlo y dejar en sus labios un rastro de carmín. Terminar la velada revolviendo las sábanas de su cama, diciéndose lo que se quieren.

Ada frena los pensamientos, no necesita ponerle a la noche más nostalgia, no quiere arruinar la cena con sus hijas.

Respira.

Tiene que asentarse en el presente, como lleva haciendo años, para seguir en pie, calzarse unos tacones y pisar segura, aunque sepa que dentro de sí misma hay algo que se tambalea cada vez que evoca a Martín. Él se fue y hace tiempo que la rabia ha dejado paso a una serena melancolía, la que le recuerda que hubiera sido infinitamente peor no haberlo conocido.

Frente al espejo, gira en su dedo el anillo que no se ha quitado del dedo y sonríe. Martín le dejó muchos regalos: una vida tranquila, dos niñas maravillosas, la sensación de haberse sentido amada de verdad.

Saca el anillo y lo sostiene con los dedos índice y pulgar de la mano izquierda, mientras con la derecha le da vueltas despacio. Entre su brillo metálico, distingue su nombre grabado y una fecha.

Las risas en la entrada, las chicas que llegan de la calle, la despiertan de su ensoñación. Se vuelve a colocar el anillo y va a salir de la habitación a su encuentro. No le da tiempo. Las dos, como si fueran polillas siguiendo la luz, entran en su cuarto a la vez. Vienen a contarle algo, seguro, aunque se quedan mudas cuando la ven. Adriana es la primera que reacciona.

—¡Mamá! ¡Pero qué fantasía es esta!

—¿Me queda bien? —pregunta ella, buscando su aprobación, mientras se voltea para que la miren desde otros ángulos.

—¡Te queda de locos! —dice Elena—, pero tienes que maquillarte.

La pequeña sale disparada hacia su habitación, antes de que a Ada le dé tiempo a alegar nada, mientras Adriana arrastra a su madre de la mano y la obliga a sentarse en su escritorio de estudio. Lo despeja con tan poco cuidado que a Ada le entran ganas de regañarla por el desorden que acaba de montar, pero se contiene. Las está

viendo tan motivadas que es una tontería preocuparse por unos cuantos trastos fuera de lugar.

Adriana busca un aro de luz y lo enciende, enfocando a la cara de su madre.

—¡A mí no se os ocurra grabarme! —protesta Ada, recordando el lío que le monta Pablo con esos artilugios cada día en la tienda.

—No te vamos a grabar, necesitamos luz.

—Ya verás, vas a quedar guapísima —añade Elena, que empieza a distribuir productos por la mesa. En un momento hay tantos que podría servir, perfectamente, de mostrador para Primor. ¿Cuándo se han comprado todo esto? ¿Desde cuándo es necesaria tanta parafernalia para maquillarse?

—Chicas, no voy a salir. No es necesario… —intenta alegar.

—Mamá, teníamos muchas ganas de verte con mejor *mood*, el año pasado parecías una *loser*, te pusiste el pijama antes de cenar —señala Adriana.

Ada sonríe. Es verdad, el año anterior fue incapaz de esperar a las uvas, se colocó ropa cómoda para la cena, ante las caras de circunstancias de sus hijas. De pronto, recuerda su conversación con Carlos.

—Este año sí voy a salir —les dice, casi sorprendida por haberlo olvidado durante el tiempo que ha tardado en rematar la cena y vestirse.

—En plan… ¿por la noche?

La pregunta la han hecho las dos adolescentes a la vez y se han quedado expectantes esperando la respuesta de su madre.

—Sí, pero mañana por la mañana, muy temprano. No sé si habréis vuelto antes de que me vaya.

—¿Y a qué hora te piensas ir? —pregunta Elena.

—A las seis y media de la mañana —le dice, con una enorme sonrisa.

—Tú nos estás *troleando* —le contesta Adri, después de unos momentos en los que ninguna de las dos sabe qué decirle.

La sonrisa se convierte en una carcajada ante las caras con las que la están mirando. Si le hubieran salido tentáculos del pelo, no se

habrían quedado tan sorprendidas.

—Papá y yo íbamos a San Ginés a tomar chocolate todas las mañanas de Año Nuevo antes de que nacierais. Me he encontrado con Carlos y me lo ha recordado. Lo ha propuesto y he quedado en que iré con él.

—¡De locos! —Se emociona Adriana.

—¿Podemos ir nosotras? En plan, para verlo, es que no me lo creo —dice Elena.

—¡Cómo vamos a ir! Mamá tiene una cita con Carlos —le contesta su hermana.

—Un momentito, chicas, no tengo una cita. Es Carlos, mi amigo, y hemos quedado para tomar chocolate como hicimos muchos años cuando éramos como vosotras, incluso más mayores.

—¿Ves? —dice Adriana—, mamá solo tiene con Carlos un bromance *(un vínculo afectivo intenso de amistad entre dos hombres, sin nada sexual).* No es una cita.

—Eso sería así si fueran dos tíos. ¡No uses palabras que no entiendes!

—Yo sí que no me estoy enterando de nada —dice Ada, a quien la mitad de lo que dicen sus hijas le suena a chino—. ¡Y no me pongas tantos potingues, que no pienso salir con esta pinta a la calle! Para tomar el chocolate iré abrigada y cómoda, a ver si me vais a dejar como para que acabe todas las reservas de desmaquillante que tengo.

—Así no vas a hacer *match* con nadie, mami.

—No sé exactamente qué es eso, aunque si es lo que intuyo, no tengo ninguna intención de nada. Solo me voy a tomar un chocolate.

—Nosotras solo queremos que seas feliz.

Eso sí lo ha entendido Ada, no ha tenido que hacer el esfuerzo de contextualizar todas aquellas palabras nuevas que usan sus hijas para comunicarse.

—No tengo ninguna intención de embarcarme en una relación, pero me tranquiliza mucho que no os importe.

—¿Qué es «embarcarse en una relación»? —dice Elena—. Mamá, no hables antiguo…

—Déjala, si es que no sabe hacerlo de otra manera, antes ha

dicho «pontingues».

—¡He dicho potingues!

Ada cabecea, pero no le dejan tiempo para una discusión sobre vocabulario. Le dicen que cierre los ojos que le van a aplicar un *spray* para fijar el maquillaje. No le da tiempo a protestar, enseguida nota el frescor del producto sobre la cara.

Sonríe.

Al final, este ratito con ellas está siendo muy divertido.

Al dejarle a los niños, Carlos le ha propuesto a Mar que desayune un chocolate con él y con Ada en San Ginés esta madrugada. Lo ha hecho al abrigo del portal, con la misma cautela que si fueran dos desconocidos. La ha extrañado en este tiempo sin verse apenas, en esta crisis que espera que sea pasajera. Lleva tiempo esperando a que sea ella quien dé el primer paso y está dispuesto a asumir sus errores, que ha repasado hasta la saciedad en sus noches, y perdonar los de ella. Ha borrado los nubarrones que ocuparon la pizarra de su relación. Quedan sus huellas, pero siempre pueden volver a escribir encima nuevas historias que hagan olvidar estos meses tan dolorosos.

Y queda pronunciar la palabra perdón, esas seis letras que cuestan tanto.

Mar no le ha contestado.

Ni sí, ni no.

Nada.

Se ha quedado mirándolo hasta que la luz del portal se ha apagado y, cuando Hugo ha ido corriendo a darle otra vez y se ha encendido, Mar ha dejado una ventana entreabierta, un ligero filito por el que se ha colado una frase vaga.

«Veremos cómo va la noche», le ha dicho.

Se le ha quedado en un tal vez tibio que suena a cortesía, a prudencia, a educación. Una ausencia de entusiasmo que, en el camino de vuelta a casa, Carlos valora como un no rotundo que no se ha querido pronunciar. Le duele, ahora que parecía que habían vuelto a aprender a hablarse bien.

Si Mar decide no salir, a él tampoco le apetece, tendrá que llamar a Ada y anular su cita. El año ya tenía todas las papeletas de empezar mal para él, engrosando las listas del paro, pero se está poniendo peor por momentos. Este desastre que es su vida últimamente no lo arreglan ni pidiendo el mismo deseo a cada una de las doce uvas de la suerte.

Mucho menos las suyas, que las ha comprado de bote.

Cuando abre la puerta de la casa de su madre, un intenso olor a asado invade sus sentidos. Una cosa buena va a tener la noche, el cordero de Carmen. Dos, en realidad, no habrá que aguantar a sus cuñados.

Cierra la puerta y se quita el abrigo.

DIEZ

Dos horas para la medianoche

La familia Mendoza ha reunido a todos sus miembros para celebrar la última noche del año, y a ellos se han unido sus compatriotas, los Sánchez. Alrededor de la mesa, veinticinco personas de origen ecuatoriano ríen y disfrutan de esa reunión, que hace una semana, en Nochebuena, se celebró en casa de los Sánchez. Se apiñan alrededor de una enorme mesa, hecha de varias, que trasciende el salón y se desliza por el pasillo de la casa para dar cabida a todos. A nadie parece importarle la falta de espacio en este ambiente festivo y alegre. Abuelos, hijos y nietos charlan, ríen, bromean y esperan juntos al 2024 mientras disfrutan de la copiosa cena.

La abuela Encarnación, la de los Mendoza, y la abuela Doménica, la de los Sánchez, han decidido los platos para la cena y han distribuido el trabajo entre todos los miembros de las dos familias. No quieren que nadie cargue con toda la tarea. Encarnación se ha reservado la preparación del pavo asado con tomillo, ajo y limón; Doménica ha traído de su casa el hornado de pierna de chancho, marinado con aliño de ajo, comino y cerveza, listo para darle un calentón justo antes de servirlo. Han asignado a las hijas de los Mendoza la elaboración del relleno navideño con menudencias de pollo y las de los Sánchez han traído a la mesa el marisco típico de las Navidades españolas. A petición de Jorge Luis Sánchez, el marido de Doménica, la mesa luce salpicada de platillos de jamón serrano, que proceden del aguinaldo de su hijo Marco Antonio. Sus siete nietos han completado la mesa con un abanico de quesos que hace casi un recorrido por toda la geografía de la península. Jorge Luis dice que, en lugar de nietos, tiene ratones. Los tres de Fermín Mendoza han traído rompope para tomar con el café y el abuelo ha arrugado el hocico, porque es embotellado y a él le hubiera gustado más que se tomaran la molestia de hacerlo casero. Para que se le pase el enfado, nada más regresar de la salida que ha hecho con sus amigas, su nieta Desirée ha preparado una enorme ensalada de frutas.

Los Mendoza son los abuelos de Desi. Llegaron desde Ecuador a Madrid a finales del siglo XX, primero Encarnación y, a los dos años, Fermín y sus tres hijos. Es una historia de inmigración como la de los Sánchez, solo que, en su caso, el primero que llegó fue Jorge Luis. Los nietos de las dos familias han nacido en Madrid. Esa noche se reúnen casi todos en la mesa; faltan Juan y Manuel, los hijos de Julia Mendoza, a los que el acuerdo de divorcio obliga a pasar la noche con su padre.

A pesar de que hay comida para un regimiento, las fuentes se van vaciando a toda velocidad, disolviéndose como las conversaciones que se entrecruzan y que están armando un jaleo imperdonable para otra noche no tan especial como esta.

Cuando el reloj se acerca a las once, Rosa, la madre de Desirée, Álex y Rodrigo, toma la palabra, haciendo callar a la concurrencia. Es la única española de nacimiento en este pedacito de Ecuador que pasa la noche en un piso del barrio de Prosperidad.

—A ver, un momento. Quiero proponer un brindis especial antes de que empecemos los del Año Nuevo —dice.

Todos los Mendoza preparan sus copas, que el padre de Desi, José Pablo, llena de cava para los adultos y sidra sin alcohol para los niños. Ha comprado botellas para tres o cuatro nocheviejas, pero es que el anuncio que sabe que está a punto de hacer Rosa le tiene orgulloso y viviendo en una nube.

—Desi, mi amor, quiero que brindemos por ti —dice Rosa, orgullosa de su hija mayor—. ¡Por la mejor escritora del universo!

—Mamá, te has venido muy arriba —se sonroja Desirée—. Además, el mérito no es solo mío, es, sobre todo, de la abuela.

Todos miran a Encarnación, que observa orgullosa a su nieta. Esta se levanta y la abraza desde la espalda. La abuela, sentada en la silla, es incapaz de ponerse en pie, no se sabe si porque la emoción se le ha convertido en un peso que la aplasta o porque ha cenado de más. Seguramente es una mezcla de ambas cosas.

—Si la abuela no me hubiera contado su historia —dice Desi—, jamás habría podido escribir esta novela.

—Ya, pero la has escrito —dice su padre—, y has tenido la

valentía a tu edad de creer en ti y de buscar el modo de publicarla. Y no solo eso, tienes unas críticas extraordinarias. Estamos todos muy orgullosos de ti, hija.

—Y ya vas por la tercera edición —dice su madre, que desde que Desi publica se ha hecho toda una experta en el mundo editorial.

Sabe que tres ediciones son muchos libros vendidos para una autora novel, pero, además, la librera del barrio le ha dicho que estas no son de mentira, como las de los autores *bestseller* que antes de sacar la primera ya tienen impresa la segunda. Esto es de verdad. Inesperado e ilusionante. Y para su pequeña librería, está siendo un extra navideño que le viene genial; ha perdido la cuenta de los ejemplares que lleva vendidos.

—A mí, lo que más me ha gustado —dice Encarnación, que parece al punto de la lágrima—, es que me has sacado muy delgada en la novela.

La concurrencia suelta una carcajada. Se han quedado expectantes, esperando que dijera algo profundo, algo sobre el tema de la novela, pero la abuela ha tirado de su buen humor.

Desi sonríe. Ha hecho feliz a una de las personas que más quiere en el mundo, rescatando con palabras su viaje y los dos primeros años que pasó en España. La crisis de finales del siglo XX, que volvió insoportable la inflación en Ecuador, provocó que la familia de Encarnación se quedase sin medio de subsistencia. A su alrededor, todos estaban igual, así que ella, decidida a sacar adelante a sus hijos, tomó un avión para España. Formó parte del éxodo de miles de ecuatorianos que supusieron el mayor movimiento migratorio del país. Su historia no difiere mucho de la de otros ecuatorianos que tuvieron que emigrar y se vieron obligados a encontrar su lugar en una sociedad nueva para ellos. Como muchos, Encarnación apenas encontró sino empleos de baja cualificación, pese a que es una virtuosa del piano. Al llegar a España, la realidad de salir adelante sola hizo que casi olvidase que la música formaba parte de ella.

Hasta que tropezó con el piano del hotel Ritz...

No ha permitido que sus hijos se olviden de su historia y de sus raíces, de que nadie está libre de que la vida le dé un vuelco y, si eso

sucede, toca levantarse, sacudir el polvo de las rodillas y caminar. Habrá sueños que se diluirán por el camino, pero si eres capaz de tener constancia y no desenfocarte, tal vez no se pierdan para siempre.

Ella lo hizo, pese a que todo lo tenía en contra, peleó por el suyo y ahora es Desirée quien está tomando el relevo. Le pide a la virgencita, que a ella no la abandonó nunca, que le dé a su niña la serenidad para afrontar los contratiempos con eso que ahora llaman resiliencia, pero que para ella no es más que la paciencia de toda la vida, dejarle al tiempo que haga su trabajo mientras esperamos otra oportunidad.

La pianista del Ritz, la novela de Desirée Mendoza, está arrasando. Algunas cadenas de televisión han llamado a Encarnación para conocer a la persona que está detrás del personaje de la novela de su nieta, una chica de apenas veinte años que ha escrito la novela de estas Navidades. Es el libro que se ha ganado a los lectores de todas las edades. Tiene el ritmo de una sencilla melodía de piano y, precisamente por lo escasamente artificioso, por la verdad que destilan sus palabras, es capaz de penetrar en quien lo lee como lo hacen las notas de una canción emocionante.

Desirée puede ser muy joven, pero tiene dos cosas a favor: su talento y la historia que su abuela le ha contado hasta la saciedad desde que era muy pequeña, desde que la sentaba en sus rodillas para que aprendiera sus primeros acordes de piano. Aprendió a tocar, pero sus dedos se deslizan más seguros sobre otras teclas, las del ordenador.

—Abuela, los que estamos orgullosos de ti, somos nosotros —le dice.

Después de los brindis, Desi recuerda al chico al que ha visto comprar su libro. Ha ido a Fnac esta tarde a ver, por enésima vez, dónde lo tienen colocado. La hija de Doménica le dijo ayer que había un montón nada más bajarse de la escalera mecánica en la cuarta planta. Aún no se puede creer que su novela, la de una desconocida, que además es una cría, sea número uno de ventas. Es tan emocionante que necesita asegurarse de que no está soñando y verlo en directo, como si fuera un apóstol incrédulo que tuviera que meter los dedos en la llaga para creer.

Mientras miraba embobada el expositor en Fnac, a punto de sacar el móvil para hacerle una foto, un veinteañero ha acaparado su atención y lo ha seguido con la mirada. Para su sorpresa, se ha parado delante de los libros y ha tomado un ejemplar de su novela entre las manos. No tenía pinta de ser un lector potencial de *La pianista del Ritz*, así que ha pensado que simplemente echaría un vistazo y se marcharía a buscar cualquier otro libro.

Pero no.

La escritora novel que es ha rodeado el montón de libros para tener un primer plano de su rostro y le ha visto sonreír al leer la sinopsis. Los labios de Desirée se han convertido en un espejo de los del chico, y el corazón le ha empezado a bailar en el pecho cuando ha detectado su convencimiento. Sus pies han echado a andar tras él hacia las cajas, como si el libro fuera un objeto mágico y ella un ratón hechizado siguiendo la melodía hipnótica del flautista de Hamelin.

De pronto se ha visto en la cola, sin nada entre las manos que pagar, y se ha puesto nerviosa. Ha empezado a pensar cómo abordarle para no parecerle una tarada. Entonces, un niño ha tirado unos libros y se ha montado una trifulca que Desirée no es capaz de evocar, porque no le ha hecho caso. Aprovechando que el chico estaba distraído, lo ha mirado a placer.

Mientras divaga, su teléfono emite un pitido, sacándola del último recuerdo inolvidable de este casi terminado 2023. Acaba de entrar un mensaje de vídeo.

¡Es del chico de Fnac!

Sus latidos se han vuelto erráticos y, casi sin darse cuenta, se está levantando y murmurando una disculpa, aunque al aire, porque nadie le presta atención, enfrascados en otras conversaciones.

—Ahora vengo.

Se marcha y se encierra en el baño. No sabe si le gusta que le haya mandado un vídeo, le da un poco de miedo el contenido. Quizá sea un salido que le manda una *fotopolla*, *videopolla*, en ese caso. Mejor que lo vea sin testigos. De todos modos, cruza los dedos para que no sea eso, para que no le estropee la imagen tan bonita que tiene de él.

En el baño y, frente al espejo, le da al *play*.

—Hola, Desirée —empieza diciendo él—. Sé que no me has dicho tu nombre, pero he visto tu foto en el libro. Ya he entendido por qué no te ha costado nada ofrecerte a pagarlo. Quiero contarte que hoy es el cumpleaños de mi abuela y, si no hubiera sido por ti, se habría quedado sin mi regalo. Te voy a dejar que veas una cosa, pero me tienes que seguir en TikTok, tengo la cuenta privada. Creo que te va a encantar.

Desirée vuelve a ver el vídeo, quiere asegurarse de que no se imaginado que al final él le ha guiñado un ojo. Mientras está en ello, entra otro mensaje; es el enlace de TikTok. Duda si abrirlo, nunca se sabe la mierda que te puede mandar un desconocido al teléfono, pero ella conoce a este chico.

Lo sigue y al fin accede al último vídeo que él ha subido. Una señora mayor recibe una bolsa de la que extrae su libro. Ella la escucha darle las gracias al chico, emocionada. Susurra un «gracias» para él, que consigue viajar, convertido en datos y reconvertido en voz, hasta el pecho de Desi. No es para ella en realidad, pero lo siente un poco suyo. Después, él les cuenta a sus seguidores, que en realidad son media docena, que ha tropezado con la magia de la Navidad en pleno centro de Madrid.

—Tiene los ojos oscuros y la sonrisa más preciosa que he visto nunca.

Hasta que no acaba el vídeo, Desi no se da cuenta de que todo lo ha dicho en inglés.

ONCE

Una hora para la medianoche

El salón de Carmen, hace ya un rato, se convirtió en un improvisado set de grabación. Tras la cena, abuela, hijo y nieto recogieron la mesa y, tras cambiar de mantel, como manda la tradición familiar, David la convenció de que se dejase grabar mientras le entregaba su regalo. Ella se muere de vergüenza con estas cosas, pero aceptó a cambio de un beso. David ha crecido lejos de ella y siente que, aunque a diario intenta compensar los que le faltaron mientras era pequeño, el saldo entre abuela y nieto sigue en números negativos.

Nunca es mal momento para ponerlo al día.

Ahora, mientras ella echa un vistazo al libro, con sus gafas de ver de cerca en la punta de la nariz, David se disculpa.

—Perdona, abuela, no he tenido tiempo de envolverlo. Se me había olvidado que hoy era tu cumpleaños, me lo ha tenido que recordar mamá esta mañana.

—¡Pues mira que tengo un día difícil para acordarse…! —refunfuña Carmen, fingiendo un enfado que no siente—. Anda, Carlos, trae los turrones, que habrá que hacer algo hasta que lleguen las uvas.

—¿Que te suba el azúcar? —pregunta su hijo.

—¡No me seas aguafiestas, que una noche es una noche!

Su hijo acerca a la mesa una bandeja que rebosa de dulces navideños y saca tres copas de cava de la vitrina.

—Voy a buscar la sidra —les dice.

—Déjala en la nevera, o como mucho, sácala a la terraza, pero no la pongas en la mesa, que para cuando vayamos a brindar se habrá puesto como el caldo. Y la sidra caliente sabe a pis.

—¿No quieres que nos tomemos una copita antes de que acabe el año? —pregunta Carlos, disimulando una risita.

—No, tu padre descorchaba la botella justo cuando acababan las uvas y así es como voy a seguir celebrando esta noche hasta que

me muera. Lo que sí podrías ir trayendo son las uvas.

—Ahora mismo mamá.

Cuando Carlos deja el salón, Carmen da un golpe seco con la palma de la mano en la mesa, que desestabiliza la bandeja de dulces y asusta a David.

—¿Se puede saber qué te pasa a ti? —le pregunta a su nieto.

—¿A mí...? Nada.

—¿Cómo que nada? —dice la abuela—. No paras de mirar el libro que me has regalado.

—Creo que te va a gustar. Yo lo he empezado en el metro y no podía parar de leer. Me lo tienes que dejar cuando lo termines.

—¿Desde cuándo te gusta leer? —pregunta Carmen, que no le ha visto con un libro entre las manos en los cuatro meses que hace que vive con ella.

—Desde esta tarde. Me he pasado la estación de metro porque no podía separar los ojos de las páginas.

—Pues sí que te ha dado fuerte —dice Carlos, que acaba de llegar haciendo malabares con tres platos donde bailan las doce uvas de cada uno.

La abuela lleva razón, David está muy distraído. No es mentira del todo que esté pensando en las sensaciones que le ha dejado el libro, pero, quien de verdad ocupa su mente es la chica que lo ha escrito. Piensa en su asombroso gesto al ayudarlo sin conocerlo, y en la sonrisa radiante que le ha conquistado cuando han salido de la librería.

Joder, es que, además de tener talento, es muy guapa.

Coge uno de los platos que le ofrece su tío y, al mirar las uvas, recuerda lo que le ha explicado siempre su madre, que en España son las uvas de la suerte. Hay que tomar una con cada campanada para empezar el año con buen pie y hay que pedirles deseos.

Desirée, pronunciado en inglés, suena como un deseo. Entre las uvas y la chica de la librería, con las campanadas de este año va a visualizar, si le da tiempo y no se atraganta por el camino, trece deseos: los de las doce uvas y uno más que es ella, y las ganas que tiene de volver a verla.

—Abuela, ¿te gustaría que te lo firmase la autora? —le pregunta de pronto a Carmen.

—¿La conoces?

A él se le escapa una sonrisa, recordando su encuentro. Y sonríe más cuando se da cuenta de que no necesita que unas frutas hagan magia, solo tiene que llamarla.

—La he conocido esta tarde. Se me ha acabado la batería del móvil justo cuando iba a pagar el libro y ella, que estaba detrás de mí en la tienda, lo ha hecho. Yo no llevaba dinero en efectivo. Lo que me recuerda que tengo que pasar por un cajero.

—¿Y cómo se te ocurre ir a comprar algo sin dinero? —pregunta la abuela, a la que superan todos los avances tecnológicos. No sabe ni sacar dinero de un cajero, tiene tanto miedo a que la atraquen cuando vaya a hacerlo que delegó en su hijo Carlos esa tarea y ahora ya no sabría ni por dónde empezar.

—Llevo una tarjeta virtual en el móvil.

—Ah… —dice ella, recordando algo—, por eso la gente acerca el teléfono a eso donde se paga con tarjeta en los supermercados.

Pagar con tarjeta se le da mejor que ir al cajero y sí lo hace, aunque siempre, por si acaso solo, lleva efectivo en la cartera, no sea que el trasto no funcione y, con lo que le cuesta salir de casa, tenga que dejarse en la tienda lo que haya ido a comprar.

—Por eso, abuela.

—Tendrás que quedar con ella para pagarle el libro. Si no lo haces, te lo tiraré a la cabeza —le amenaza Carmen.

—Ya se lo he pagado con un bizum en cuanto he puesto a cargar el móvil —la tranquiliza dice David.

—¿Con un qué?

Él le explica a Carmen qué es Bizum y ella arruga el entrecejo, atenta a lo que le está diciendo. Sabe que tiene que empezar a superar sus prejuicios con la tecnología y adaptarse, el mundo no va a ir hacia atrás porque ella se esté quedando obsoleta, pero mira que le cuesta. Piensa que, para el año que llega, se va a poner como objetivo aprender a usar el móvil. Le gusta mucho cuando David inicia una videollamada y, además de hablar con su hija, puede verla. Y ha

escuchado en la tele que hay relojes que son muy útiles si te caes, que enseguida vienen a buscarte.

Eso también lo necesita, ya no es que ande muy estable.

Desde que Carlos volvió a casa y David decidió estudiar en Madrid, ha vuelto a no estar sola, las conversaciones han regresado a su casa, huele a guisos ricos y, sobre todo, a la seguridad que da no estar completamente sola, pero es consciente de que ellos se irán. David, en verano, en cuanto le den las vacaciones, y a saber Carlos. Quizá encuentre un trabajo que le quede lejos y no tenga más remedio que hacerlo en cuatro días.

Mientras ella divaga, David ha vuelto a abrir el libro y mira la fotografía de la autora con cara de bobo.

—A ver... —dice su tío Carlos, quitándole la novela—. ¡Vaya, vaya, es preciosa la autora! No me extraña que estés atontado perdido. ¿Cuántos años tiene?

—No lo sé, más o menos como yo. ¡No te rías de mí! —protesta David.

—No me río, pero tú no te pongas colorado. ¡Anda! ¡Para eso has grabado a la abuela mientras sacaba el libro de la bolsa!

¡Pillado!

Adriana y Elena se han cambiado de vestido en cuanto han terminado de maquillar a su madre. Ada no entiende la necesidad de tanto trajín de ropa, pero tampoco se lo recrimina. Si con eso disfrutan, ella es feliz. A veces pensamos que la felicidad es esquiva y está ahí, simplemente en que los que nos rodean acepten nuestras locuras cotidianas.

Se han pasado la cena parloteando, hablándole de sus planes para la noche. Al verlas, se ve a sí misma. Mucho tiempo atrás, eso es cierto, pero está segura de que en sus ojos había esa ilusión por emprender un camino por el que aún no han transitado. Esta noche es igual que cualquier otra noche, pero somos nosotros los que la hacemos distinta llenándola de brillo, brindis, burbujas y lentejuelas, los buenos deseos y ese «feliz año» que repetimos hasta la saciedad. Es

su noche de iniciación en las salidas nocturnas sin horario, aunque se teme que se van a llevar una decepción cuando, la semana que viene, se lo vuelva a restringir.

—Mamá, hoy perdónanos recoger, ya te ayudaremos otro día. O déjalo todo como está y lo haremos mañana, hemos quedado a las doce y media —le pide Elena.

—Queda un buen rato para las campanadas —le dice su madre, que ya se está levantando para llevar los platos vacíos a la cocina.

—¡Es que nos tenemos que retocar el maquillaje y cambiarnos de ropa! —protesta Adriana.

Ada no se desespera por fuera, aunque por dentro, un poquito. ¿Otra vez se van a retocar el maquillaje? ¡Pero si llevan tanto que se lo van a tener que sacar con espátula!

—Solo os pido que llevemos todo esto a la cocina, después lo recogeré yo. ¡No seáis vagas!

—Mamá, tú también te tienes que retocar, no hay tiempo. Queremos grabar un vídeo para Instagram contigo y si nos entretenemos, no nos va a dar tiempo antes de las campanadas.

—¿Conmigo? ¡Vamos, recoged los vasos!

—Sí, contigo —le dice Elena, que ha obedecido y está llevando los tres vasos a la cocina.

Adriana viene por detrás con la fuente en la que Ada ha servido la trenza de salmón.

—¿No os vais a morir de vergüenza? —le pregunta, muy extrañada. Mientras habla, está metiendo los platos en el lavavajillas, con mucho cuidado para no mancharse el vestido.

—¡Qué dices, mamá, estás muy guapa! Y eres un personaje en las redes —dice Adriana.

—¿Cómo que soy un personaje? —pregunta sorprendida Ada.

—Eres «El Hada de los zapatos», así te etiqueta Pablo. Nos ha hablado por Instagram y quiere que desees a sus seguidores feliz año, es para eso para lo que tenemos que grabar el vídeo.

Ada no sabe qué va a hacer con ese chico, ella ya no tiene edad de tonterías, pero lo bien que le viene a la tienda que esté como un cencerro no tiene precio.

—¿Y si estuviera en pijama? —protesta. Un poco, solo, lo justo por si se libra del vídeo, aunque entiende que no es mala idea.

—Ya te ha visto, te he hecho una foto y se la he mandado —dice Elena—. Y ha dicho que estás superdivina.

Ada abre mucho los ojos y le pide que se la enseñe. Al verla, reconoce que ha salido bien, tiene una sonrisa franca y una mirada que transmite serenidad. Es que, con ellas, se siente así. Esta noche, se siente así. Por primera vez en muchas nocheviejas, está pensando hacia adelante y no con la vista puesta en la nostalgia del pasado.

—Recogemos y grabamos el vídeo, pero, primero, recogemos.

Después de un amago de protesta, ceden. Quedará más bonito el vídeo si la mesa está ordenada. O mejor, si se colocan delante del árbol de Navidad, donde parpadean cientos de luces de colores.

En casa de los Mendoza, el abuelo Fermín pide silencio. Desirée, que ha estado investigando costumbres de Ecuador para escribir su novela, se ha encontrado con una que está casi en desuso, pero que le ha llamado mucho la atención: los testamentos de Fin de Año. Se lo ha contado a sus hermanos y Álex, con la complicidad del abuelo, ha escrito uno para leer cuando queden apenas unos minutos para las campanadas. A él no se le dan tan bien las palabras como a Desi, y se le atoran las rimas muchísimo, pero el efecto del rompope le ha quitado la vergüenza y se levanta, papel en mano, para leer lo que ha escrito. Se supone que es el año que termina el que firma el texto, pero se nota por todas partes que lo ha escrito Álex.

«Querida familia:
Estoy llegando campante
hasta mi último instante.
Ya no me queda tiempo,
de reclamos ni lamentos,
solo el preciso
para dejarles en herencia,
lo que merecen en conciencia.

Al abuelo Fermín,
siempre con todo cariño,
le quito la sal del aliño
y le dejo la voluntad,
y las pilas recargadas
para que la energía le alcance
y, de ahora en adelante,
no cambie la gimnasia
por un sillón elegante.
A la abuela Encarnación,
le lego vivacidad
y montones de baberos,
que los va a necesitar,
para que se pueda limpiar
los halagos de libreros
a la historia que la trajo
del otro lado del mar.
A Encarnita,
profesora de piano,
le entrego paciencia
y tapones generosos
para sus oídos hermosos.
Le dejo una doble porción
para soportar a la niñata
que aporrea las teclas
cual garrote a una piñata.
A la tía Julia le doy,
un carretón de reposo.
Queda poco ya
para resolver el contencioso,
que sus hijos sean mayores
y le hagan los honores
de darle un año grandioso.
Para José Pablo y Rosita,
dos manos izquierdas más,

y mucha resignación,
con Alex y con Rodrigo,
para aguantar con paciencia,
y que acabe con urgencia,
su cansina adolescencia.
Para Rodrigo,
no soy generoso:
este año no dejo nada
a los quejumbrosos.
Y a Desirée,
además del talento,
le dejo
dosis extra de osadía,
un cajón de ilusión
y otro más de valentía,
para que vuele más alto
y más segura cada día.
¡Feliz 2024 para todos!»

Los Mendoza y los Sánchez estallan en aplausos y Álex, muy teatrero, saluda con la mano en el pecho a la concurrencia. Las rimas son una pena, pero han sacado algunas risas a la familia y a sus vecinos, que era el objetivo.

El reloj se aproxima a la medianoche.

Cinco minutos, no queda más...

—¡Vamos! Agarren las uvas y suban el volumen del televisor, que llega el año nuevo —dice la abuela Encarnación.

El carrillón empieza su furioso tintineo y en millones de hogares se repite la misma escena: una mano, con una uva entre los dedos índice y pulgar parados al lado de los labios, lista para empezar la cuenta cuando suene la primera campanada.

En el aire, una lluvia torrencial de deseos se prepara para cruzar el cielo estrellado de millones de ciudades.

DOCE

Medianoche

Una.
Salud.

Dos.
Trabajo.

Tres.
Oportunidades.

Cuatro.
Libertad.

Cinco.
Un beso.

Seis.
Éxito.

Siete.
Suerte.

Ocho.
Amor.

Nueve.
Tranquilidad.

Diez.
Amistad.

Once.

Tiempo.

¡Doce!
Paz.

¡Feliz 2024!

Un minuto después de las doce, los teléfonos se colapsan por los cientos de millones de mensajes. Las campanadas de ese año, el horroroso vestido de la presentadora de televisión y el nerviosismo de acertar a comerse a tiempo cada una de las doce uvas sin atragantarse ya son pasado. El presente es un brindis cargado con los deseos que se han ido disparando con cada uva, y que ojalá no se conviertan también en pasado en menos de veinticuatro horas.

En casa de los Mendoza, no hay brindis. Las dos familias contienen el aliento, mientras un silencio expectante se apodera de la sala, del pasillo reconvertido en comedor y de la casa entera. Solo se mueven las luces navideñas, que parpadean en el árbol y en las guirnaldas sobre las ventanas. Doménica se abraza a Jorge Luis, y José Pablo y Rosa se aferran de las manos, mientras los demás se reparten en sillas y sillones. Desirée está apoyada en la pared del fondo, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Unas manos ajadas por el tiempo, pero igual de ágiles que siempre, se posan en el piano de pared que ocupa un rincón del salón. Delicados, los dedos acarician las teclas, que no parecen de marfil, sino las frágiles alas de una mariposa.

Un sí pone en marcha la melodía del *Nocturno* de Chopin.

Encarnación cierra los ojos y sus manos extraen del piano la pieza musical con la que comienza *La pianista del Ritz,* en un concierto privado para la familia que tiene previsto durar apenas cuatro minutos. Cuando termina, abre los ojos y recibe los aplausos entregados de la concurrencia. Se levanta de la banqueta y saluda como si, en lugar de en el salón de su casa, estuviera en medio del

escenario del Teatro Real.

Cuatro minutos bajo el hechizo de la música dan para mucho y en ellos, Encarnación ha recordado.

Su vida antes de emigrar.

Las clases de piano en el conservatorio en Quito.

El viaje a España.

El piano del Ritz.

Se ha emocionado a mitad de la pieza, incluso está segura de que ha fallado una nota, aunque es probable que solo se haya dado cuenta Encarnita.

Desirée se acerca a ella y la abraza.

—Gracias por tocar para mí, abuela.

—No sabes lo feliz que me has hecho, mi niña. No sabes lo orgullosa que estoy de ti —dice Encarnación.

Desi en el fondo siente que no ha hecho nada, apenas recrear una historia que su abuela le ha contado mil veces. Se impuso ponerla en palabras para que no se perdiera. Ese emocionante viaje lo ha escuchado tanto desde niña que casi ha sido inevitable que se sentase un día a escribirlo.

Cuando Desirée se separa de la abuela Encarnación, en casa de los Mendoza han empezado a hablar todos a la vez y han saltado por los aires los corchos de varias botellas de cava. Las copas se llenan de vino espumoso y vuelan los brindis por el nuevo año. Ya no hay nostalgia, ya solo hay fiesta.

Carmen se ha quedado sola hablando con su hija Lourdes a través del teléfono. David ha hecho una videollamada a su madre nada más pasar las doce, aunque si se rigen estrictamente por el reloj, a ella le queda casi una hora para llegar a 2024. Él no ha tardado mucho en felicitarla, y tampoco el tío Carlos, pero la abuela se enrolla como las persianas y le está contando a su Lourditas todo lo que han cenado.

Con pelos y señales.

—Tú te crees —le dice—, que hemos tomado uvas de bote...

—Abuela, ya, no te entretengas más —le pide David, que se

arrepiente mucho de haberle dejado su teléfono.

Ha quedado con sus compañeros de facultad y, como se descuide un poco, se irán sin él por ahí. Mientras su abuela habla y habla, ha visto bajar las notificaciones de varios mensajes que se han ocultado antes de que le diera tiempo a leerlos. Está seguro de que alguno será de ellos.

—Espera un poco, no sé qué prisa tienes —le dice la abuela.

Y él resopla más.

Todavía tiene que pasar por un cajero, con los cinco euros que le ha dado la abuela no tiene ni para empezar.

Carlos se ha marchado a la cocina. Está mirando el móvil, dudando si mandar un mensaje que escribió antes de que empezasen las campanadas, con la intención de enviarlo en el mismo instante que comenzara 2024.

No lo ha hecho.

No quiere ser impaciente, pero el caso es que la paciencia no ha venido en la dote de este año nuevo, porque, apenas diez minutos después de que empiece nota que la tiene completamente agotada y se rinde.

Lo envía.

Al momento, un doble tic azul le indica que, no solo lo ha recibido, sino que lo ha leído. Empieza a respirar despacio, conteniendo a medias el aliento.

«Feliz Año»

Las dos palabras que recibe, desvaídas, frías, sin emoticonos que aporten una emoción mínima, le saben a poco. Está a punto de cerrar la aplicación cuando ve, en la parte superior, justo bajo el nombre del perfil, una palabra:

Escribiendo…

Ada está mirando el teléfono, ya en pijama. Las niñas han salido corriendo de casa a las doce y diez, después de ponerse el tercer vestido de la noche y felicitar a sus amigos en todos los grupos de WhatsApp y todas las redes sociales posibles con el vídeo que les pidió

Pablo. Maquilladas las tres, se ha producido un extraño equilibrio en el que ella ha perdido algunos años que se han trasvasado a Adriana y Elena: en vez de madre e hijas, en el vídeo podrían pasar por hermanas.

Ada deja el teléfono sobre la mesilla de noche, con el volumen activo por lo que pudiera pasar y con una alarma programada a las seis de la mañana, y se mete en la cama.

No ha hecho nada más que apagar la luz cuando suena un pitido en su móvil.

Desirée está muy callada, a pesar del jaleo de la casa de los abuelos. Quiere reunir el valor de mandar un mensaje, uno que le cosquillea dentro desde que recibió el vídeo del chico de Fnac.

De David, se corrige.

Saca el móvil y escribe. Borra. Escribe otra vez. Vuelve a borrar. Al final, solo teclea dos palabras:

«Feliz Año».

SIETE HORAS DESPUÉS DE LAS CAMPANADAS

Pasaban cinco minutos de las seis y media, cuando Ada ha llegado a la puerta de San Ginés y ya lleva casi media hora más esperando. Al principio, se ha concedido unos minutos de cortesía, pero la impaciencia la ha empujado a enviar un mensaje a Carlos.

Ya hace de eso otros veintiocho minutos.

Se abraza y apoya la espalda en la pared, mientras valora si debería marcharse, pero queda tan poco para que abran y le apetece tanto el chocolate, que no se mueve. Como no tiene otra cosa que hacer, observa a la gente que la rodea. Todos parecen llegar directos de un cotillón de fin de año, cargados de una euforia alcohólica propia de la noche en la que todo es un exceso. O casi todo. Las jóvenes que tiritan a su lado se han excedido en elegancia y en bebida, pero se han quedado muy cortas con el vestuario para soportar los dos grados de la madrugada. Tiritan y aporrean el suelo con sus tacones, con los que también han cometido un exceso.

Más de una está pensando en alto que se los va a quitar allí mismo.

—¡Mamá!

Por instinto, porque siempre lo hace cuando escucha esa palabra, más que porque crea que es a ella a quien llaman, Ada se voltea.

—¿Elena?

Se sorprende al ver acercarse a sus hijas, seguidas de tres de sus amigas. Aitana, Adriana y Natalí parecen frescas como lechugas, como si en vez de llevar una noche de fiesta se acabaran de levantar, pero Desirée y Elena tienen cara de sueño.

—¿Qué hacéis aquí? —les pregunta, confusa.

—Hemos venido a tomarnos un chocolate —contesta Elena, bostezando.

—Más bien, hemos venido a ver si nos invitas —confiesa Adriana—. Nos hemos quedado sin dinero.

Ada eleva los ojos y niega con la cabeza mientras sonríe.

—No tenéis morro ni nada vosotras... —les dice.

Pero no está enfadada. Agradece la compañía, aunque sea la de cinco adolescentes insolventes, agotadas después de una noche de fiesta. Es mejor que seguir ahí, sola entre la multitud. Aunque lleve más ropa que la media, siente un frío en el interior que solo las niñas empiezan a disipar. Está a punto de preguntarles qué tal la noche, cuando su teléfono emite un pitido. Lo saca del bolso y lee el mensaje.

«Dime que no te has ido. Me he quedado dormido en el sofá esperando la hora. Llego en cinco minutos».

Ada se quita el guante derecho con los dientes y se dispone a contestar. Podría hacerlo con él puesto, es de esos que permiten escribir en pantallas, pero iría tan despacio que tarda menos así. Con el guante colgando de su boca, teclea:

«Creía que te habías olvidado de mí. Aquí sigo».

Inmediatamente, antes incluso de que le dé tiempo a volver a ponerse el guante, le llega una ristra de emoticonos sonrientes.

«No tardo nada».

—¡Eh! ¡Mira quién está aquí! ¡El Hada de los zapatos!

Las adolescentes y Ada se giran hacia el chico que ha gritado aquellas palabras. En realidad, todo el mundo se vuelve hacia él. Abriéndose paso entre la gente que espera, que cada vez es más numerosa, aparece Pablo. Lleva un traje imposible de pedrería en tono verde trébol y unas botas altas de tacón plateadas, por encima del pantalón, que Ada no recuerda de la tienda. Perfectamente podría haber presentado las uvas de una cadena de televisión, su traje es tan encantadoramente espantoso como los de la presentadora.

—¡Mira, jefa!

Pablo le pone a Ada su móvil tan cerca de los ojos que esta tiene que apartarlo un poco para enfocar la imagen. Enseguida, el teléfono empieza a reproducir un vídeo con un Pablo recién maquillado, en el que anuncia la felicitación de Año Nuevo que ha publicado bajo el título: «El Hada de los zapatos». A ella no le entra en la cabeza que ponga tantas pegas a las horas extra que le ha propuesto para hacer el inventario —y que le va a pagar de manera generosa—, y a la vez que pase horas y horas de su tiempo libre, que no le

remunera, ideando estrategias de *marketing* para la tienda.

Incluso a unos minutos de las uvas.

—Lleva seiscientas mil reproducciones en TikTok, y a eso súmale Instagram y todos los que lo han compartido por WhatsApp. ¡Lo estamos petando! —dice, orgulloso.

Ada no entiende que una simple felicitación de fin de año suya se haya visto tantas veces, hasta que en el vídeo aparece Pablo. Añade unas palabras a la felicitación, da un paso atrás y los tacones le juegan una mala pasada. Pierde pie y se acaba cayendo de culo. Su gritito histriónico, que él mismo ha repetido dos veces en el vídeo, editando a cámara lenta la caída, es lo que ha convertido en viral la felicitación. Los seguidores de su perfil han subido como la espuma y él, lejos de cualquier sentido del ridículo, se muestra encantado.

Qué distintos son los chicos de esta generación a los de la suya, a pesar de que no hay tantísimos años de diferencia. Ella un día se cayó en la puerta del instituto y, si pudiera, pagaría por borrarlo de la memoria de todos los que lo vieron.

—¿Cuándo se ha vuelto el mundo del revés? —se pregunta en voz alta.

—Cuando empezaron a salirnos canas —dice Carlos, que acaba de llegar a San Ginés—. Lo siento. El especial de Fin de Año no ha conseguido mantenerme despierto. Dale las gracias a mi madre, que se ha levantado al baño, me ha visto trincado en el sofá y me ha despertado para mandarme para la cama. Menos mal que no te has ido.

Le da dos besos a Ada, vuelve a desearle feliz año y después hace lo mismo con sus hijas. Estas, entretenidas con Pablo, no le prestan atención.

—¿Qué hacen aquí Elena y Adriana?

—Eso quisiera saber yo —le contesta Ada—. ¿A qué hora has quedado con Mar? Que tú te hayas dormido, vale, pero ella tampoco ha dado señales de vida.

Carlos suspira y niega con la cabeza, mientras se le dibuja una sonrisa triste en la cara.

—Al menos, tenía que intentarlo —dice—, aunque debería

haber imaginado que me saldría como todo lo que hago últimamente.

—Te noto muy negativo.

—Pues, hombre… He perdido a mi mujer, he tenido que dejar mi casa, a mis hijos, a los dos peces de colores que teníamos en una ensaladera, he vuelto a casa de mi madre… y también me he quedado sin trabajo. Y, además, tengo insomnio, pero luego me duermo cuando no hace falta. No me sale muy bien lo de estar positivo.

—No sabía lo de tu trabajo —dice Ada—, ni lo de los peces de colores.

Logra sacarle una sonrisa con el último comentario.

—¿Y sabías lo del insomnio? ¡Increíble!

—Me dieron una pista tus ojeras y que quisieras quedar de madrugada.

—¿Sabes qué deseo le he pedido a este año? —pregunta él.

—Que Mar te ceda la custodia de los peces, por supuesto.

Carlos niega con la cabeza, a la vez que suelta una carcajada.

—Perdón, me estás intentando hablar en serio y yo con idioteces —se disculpa ella.

—Me gustan tus idioteces, Ada, al menos me hacen reír.

—¿Qué es lo que has pedido?

La cola se mueve porque los primeros se han rendido. El frío los ha espantado de la puerta de la chocolatería, y eso que ya queda muy poco para que la abran.

—He pedido que no me falte mi madre. Con ella, tengo la seguridad de que, aunque todo vaya fatal, siempre me quedará un sitio donde volver al que se puede llamar hogar.

—Buen deseo.

—¿Y tú? ¿Qué has pedido?

—Pues mira, creía que nada, pero sí, he pedido un deseo al 2024 y creo que me lo va a conceder. —Sonríe Ada.

—¿Cuál?

—Te lo cuento cuando se cumpla —le dice.

La risa más histriónica del catálogo de las de Pablo les hace girar la cabeza hacia el grupo de adolescentes. Está contándoles algo que parece divertido. En Pablo, con su manera de expresarse, todo

parece divertido.

—¿No te recuerdan a nosotros? —le pregunta Carlos a Ada, viéndose con unos cuantos años menos reflejado en ese grupo.

—Yo nunca me vestiría como Pablo —dice Ada—, pero, por lo demás, no hay muchas diferencias.

—Mira.

Carlos, que se ha metido las manos en los bolsillos para huir del frío, señala con la cabeza a una de las amigas de sus hijas, que se ha quedado un poco apartada. Está al lado de un chico.

—¿Ese no es David? —pregunta Ada—. ¿Te ha seguido también a ti para que le pagues un chocolate?

—No, creo que a la que persigue es a ella.

Los dos se quedan mirando al hijo de Martín y Lourdes, lo único que quedó de esa pareja de la que todo el mundo decía que no tenían nada que ver. Su historia de amor fue breve, tan incompatible que acabaron tomando caminos separados: ella, Londres, él, encontró a Ada. Pero en medio de ese lazo que se deshizo quedó un nudo indisoluble ocupado por lo más valioso que construyeron juntos: David.

Este, hace un momento, se ha acercado a Desi y le ha tocado con cuidado el brazo. Ella, al darse la vuelta, ha sonreído como si tuviera cinco años y acabara de recibir el regalo de los Reyes Magos. Una sonrisa completa, limpia y cautivadora, que no ha comprometido solo a sus labios, sino que ha recorrido sus ojos y sus mejillas. Estas incluso se han cubierto de un ligero rubor que no ha sido capaz de esconder el maquillaje.

A Ada, David le recuerda tanto a su padre, que se le hace un nudo en la garganta. Verlo mirando a Desirée de ese modo, le está pareciendo como observarse a ellos mismos hace más de veinte años. Está segura de que ella miró a Martín con un gesto similar, que se sonrojó de igual modo. Y casi está segura de que a Desi le está latiendo el corazón a mil por hora, exactamente igual que le sucedió a ella.

—¿De qué se conocen? —pregunta, un poco en general, no sabe si a Carlos o a las niñas.

—Creo que de todo esto tiene la culpa un libro —le dice Carlos.

—¿David está leyendo *La pianista del Ritz*? —pregunta Ada, a quien le ha fascinado la novela de la amiga de sus hijas.

—¡Ostras! —dice Elena, a la que se le ha pasado el sueño de golpe—. Por eso se ha pasado toda la noche rara, con el teléfono en la mano, como si la hubiera abducido, venga a mandar y recibir mensajes.

De las cinco, Desi es la que menos dependencia tiene del móvil, la que se lo olvida en cualquier lado y no se estresa; lo contrario de lo que le ocurre a Adriana, que no sabe vivir si no lo mira cada diez minutos. Que Desirée no lo haya soltado en las últimas horas debería de haberles llamado la atención antes.

—Hala, ¡qué fuerte, Elena! El chico de Fnac es vuestro hermano —dice Aitana.

David, aunque las tiene a su espalda, no las está escuchando. No puede apartar la vista de Desirée. Llevan toda la noche enviándose mensajes, un intercambio que solo ha cesado hace un rato, cuando ella le ha citado en la chocolatería.

—Pensaba que te ibas a rajar y no ibas a venir —le dice Desi.

Y él solo sonríe.

Ada no puede apartar la mirada. Esta pirueta del destino frente a sus ojos la está inundando de nostalgia. Piensa que la historia que está arrancando justo frente a sus ojos quizá no se parezca a la suya; puede incluso que se quede en poco más de una cita en una noche, pero a ella le ha regalado revivir sus propios recuerdos de una Nochevieja de hace más de veinte años. Intenta detenerlos a todos, que no se acerquen a David y a Desirée, para poder disfrutar un poco más de las emociones que la recorren al mirarlos, pero es incapaz de sujetar a Elena, que se lanza encima de su hermano, subiéndosele a la espalda. Este, que no se ha fijado en nadie más que en Desi, se siente un poco cohibido cuando descubre a media familia a las puertas de la chocolatería.

—¿Y tú qué haces aquí? —le pregunta a su tío Carlos, después de darle un beso a sus hermanas y a Ada.

—Pues ya ves, he venido a cambiar el aceite al coche...

Ada arrastra a Carlos y a sus hijas para que entren en el local, que empieza a abrir sus puertas, y para permitir un poco de privacidad a David y a Desirée. Busca con la mirada a Aitana y Natalí, pero hay tanta gente ya ahí que no sabe dónde se han metido.

—¿Sabías que tus amigas son mis hermanas? —le pregunta él.

—Sí —sonríe ella.

—¿Desde cuándo?

—Desde que te vi en Fnac.

Él espera su explicación.

—No me quedé mirándote porque cogieras el libro, aunque te confieso que aluciné cuando decidiste comprarlo. Te seguí porque te reconocí y estaba intentando reunir valor para saludarte.

Saca el móvil y busca en su galería. En ella hay una foto en la que David sostiene en sus manos *La pianista del Ritz*, esperando en la cola de Fnac.

—¡Fuiste tú quien hizo la foto!

—Iba decirles a tus hermanas que te habías comprado mi libro, pero quería pruebas del momento. A esas alturas, me había rendido ya.

—¿Cómo que te habías rendido?

—Que sabía que no iba a tener valor suficiente para saludarte.

—Has sido muy valiente para defender tu libro, ¿cómo no vas a tener valor para saludar a un chico?

Ella le responde muy bajito, como si le diera un poco de pudor.

—Porque me gustas mucho.

David sabe que esta tarde, en la puerta de Fnac, la sonrisa de Desi ha empezado a conquistarlo. En el metro, ha caído bajo el hechizo de sus palabras, pero, cuando ha empezado a desarmarlo, sin remedio, ha sido con los mensajes de esta noche.

Esas cinco palabras susurradas acaban de rendirlo a sus pies.

Ahora, frente a ella, con mil emociones bailándole por dentro, decide que tiene que hacer algo. Cuando la vida te pone enfrente a alguien que te hace sentir así, no puedes dejarlo pasar.

Hay que ser valiente.

Despacito, para no equivocar ningún paso, acerca sus manos a

la cara de Desirée. Las posa con suavidad sobre sus pómulos y los acaricia delicadamente con los pulgares. Mientras acuna su rostro, David se pierde en la suavidad de la piel que recorren las yemas de sus dedos.

Hace mucho frío, pero se siente acalorado.

Escucha el gemido que se le escapa a Desirée a su contacto y se acerca poco a poco a ella.

Un suave roce en la punta de la nariz.

Un cosquilleo.

La mira a los ojos y descubre los de ella cerrados, pero los abre en cuanto él detiene el movimiento de los dedos por su rostro. Están tan cerca, que sus alientos se confunden. Lenta, muy lentamente, sus labios se tocan y sus ojos se cierran, perdidos en el millón de emociones que se han hecho con el control de sus cuerpos.

El tiempo, a su alrededor, parece detenido.

La chocolatería, repleta de gente, no existe.

Solo están ellos dos y el deseo que revolotea sobre sus cabezas, sobre sus pieles, sobre sus cuerpos.

Podrían seguir besándose quizá hasta la siguiente Nochevieja, pero un aplauso de las amigas de Desi los detiene y los devuelve a la puerta de la chocolatería. A la realidad de una fría noche de año nuevo.

—Sois imbéciles, ¿lo sabéis? —protesta Desirée, un poco enfadada con Natalí y Aitana, por haber interrumpido el beso.

—Sí, pero nos quieres. Anda, vamos dentro, que aquí hace mucho frío —dice Aitana.

Desirée retiene a David antes de entrar para hacerle una pregunta.

—¿Qué deseo le has pedido a las uvas esta noche?

—Mi deseo se llama «deseo», y creo que se acaba de cumplir.

Entran de la mano a la chocolatería y se arremolinan en torno a la mesa donde Carlos y Ada ya están degustando el chocolate. Se ha formado un barullo inmenso donde cuesta mucho comunicarse.

—Desde mañana, tengo que empezar a buscar otro trabajo —le dice Carlos a su amiga—. ¡Qué coñazo!

—Sí, ¿verdad? —le contesta Ada.

—Y tan de verdad. ¿Quién va a querer contratar a un cuarentón sin suerte?

Ada le agarra de la barbilla y le gira la cara. Primero, a la derecha; después, a la izquierda. Lo observa con ojos críticos y mirada inquisitiva.

—Espera —le dice.

Ada saca el móvil del bolso, enciende la cámara y empieza a grabar.

—Por favor, gírate un poco —le pide.

—¿Qué haces?

—No interrumpas, a ver, para el otro lado... Bien, ahora, sonríe.

A Carlos le da la risa y le quita el teléfono para ver qué demonios ha grabado.

—¿Se puede saber qué haces? —le pregunta.

—Eso digo yo, mamá, que pareces más cría que nosotras —le recrimina Elena.

—Calla, que estoy haciendo una entrevista de trabajo. Necesito que alguien dé bien en cámara, porque seguro que Pablo acaba sacándolo en algún directo.

—¿Me estás ofreciendo trabajo en la zapatería?

—Jornada completa y catorce pagas anuales, ¿hace, señor cuarentón?

—¡Joder! Claro.

—Pero tú vas a pagar el chocolate, el mío y el de toda esta caterva de agregados.

—Mamá, ya has vuelto a decir otra palabra antigua. ¿Qué cojones es «caterva»?

—¡Elena! ¡Habla bien!

Carlos suelta una carcajada y después agarra por los hombros a Ada y deposita un beso en su frente. Al final, el año no ha empezado tan mal, igual con un poco de suerte, endereza el anterior.

—¿Quieres saber una cosa, Carlos? —le pregunta Ada, y él asiente—. Mi deseo se acaba de cumplir.

Ada no necesita romances, al menos de momento, pero sí le

estaba haciendo mucha falta un adulto cerca con quien entenderse sin ayuda de un diccionario. Tener a Carlos en la tienda quizá haga que no se desespere tanto con las locuras de Pablo y, sobre todo, sabe que le va a devolver la ilusión por agarrar los mandos de su vida y dejar de moverse en piloto automático.

Ese es su deseo.

Quizá este año, como aquel lejano 2001, marque el principio de otra etapa.

Cuando las luces se apagan, se recogen los adornos, la ropa se deshace de las lentejuelas y el maquillaje de purpurina, cuando la Navidad se desvanece, queda lo mejor.

Los lazos que nos atan al corazón de las personas que amamos.

AGRADECIMIENTOS

Siempre he defendido que la escritura es una terapia. Te permite liberarte, expresar lo que sientes, te ordena y te ayuda a conocerte un poco mejor. En los momentos buenos, es como bailar al ritmo de una música arrolladora. En los malos, una manta suave y calentita, un refugio para el corazón que necesita que lo arropen.

He averiguado que la escritura también combate el miedo.

Lo pone en voz alta y lo vuelve más pequeño frente a tus ojos, destiñendo sus colores y su poder.

Por eso escribo siempre. En los buenos y en los malos momentos, porque en todas las ocasiones hay algo intangible e impagable que llega a mí solo dejando bailar mis dedos sobre el teclado del ordenador.

En este año que acaba, no he bailado apenas.

Echaba de menos ese abrazo de las palabras como no he echado de menos nada en esta vida. Por eso, cuando hace unas semanas una historia llegó a mi mente, con la fuerza que solo llegan algunas, me senté y la escribí.

Sé que no soy una persona que trabaje por impulsos; aunque escriba muchísimo, la mayor parte de ello se queda en los cajones, pero esta vez, después de tanto tiempo en silencio, supe que había una razón poderosa detrás de este relato.

Era, de algún modo, uno de mis deseos de 2023.

Quizá no el mayor, porque he tenido varios que no se han cumplido ni se cumplirán, ha sido un año de los terribles, de los de olvidar, pero también se acaba y, en mi corazón, late otro deseo, el de empezar el siguiente con una luz poderosa que venga a dar brillo a esta oscuridad tan poco edificante en la que han transcurrido los doce últimos meses.

Mi locura no sería posible sin un equipo detrás. Mis Reyes Magos no se llaman Melchor, Gaspar y Baltasar, sino Pilar, María José y Elena, a Papá Noel yo sé que debo llamarlo Roberto y a sus elfos, Laura y Kristel. Ellos me han prestado sus manos para que yo salga al

escenario dejando entre bambalinas la palabra miedo. Gracias a ellos, puedo sonreír y lanzar esta historia que es rápida, que se te escapa de entre los dedos a la velocidad que se nos va el año a estas alturas de diciembre, pero que también es esperanza.

A ellos les doy las gracias.

Para los demás, os deseo que se cumplan vuestros deseos. Aunque no sepáis, como algunos de mis personajes, qué es lo que deseáis.

Mayte Esteban